

59.<sup>a</sup> REUNION. CONTINUACION DE LA 4.<sup>a</sup> SESION DE PRÓRROGA

PRESIDENCIA DEL DR. ELISEO CANTON

**Diputados presentes:** Acosta, Agote, Alvarez (J. M.), Anchorena, Avellaneda, Ayarragaray, del Barco, Bejarano, Beltrán, Bonifacio, Bouquet, Bréard, Calderón, Calvo, Cárcano, Carlés (C.), Carlés (M.), Castañeda Vega, Castex, Cernadas, Conforti, Correa, Costa, Crouzeilles, Day, Echagüe, Escobar, Estrada, Etcheopar, Etcheverry, Ferrer, Fonrouge, Fraga, Frías, Galigniana Segura, García González, García Vieyra, Goenaga, Guasch Leguizamón, Guevara, Hernández, Iriondo, Iturbe, Lacasa, Lassaga, Lavié, Leiva, Lezica, López (M. E.), López (P. C.), López Mañán, Loza, Lubary, Luro (P. O.), Luro (S.), Llobét, Méndez Casariego, Meyer Pellegrini, Molina (E.), Molina (M.), Montes de Oca, Moreno, Moyano (F. J.), Moyano (R.), Mugica, Oliver, Olivera (B.), Olivera (G. P.), Olmedo, Padilla (E. E.), Padilla (M. M.), Parera (F. M.), Paz (A. C.), Penna, Peña, Pera, Pérez Virasoro, Pinedo, Revilla, Roca, Rodríguez Jurado, Ruiz Moreno, Santamarina, Sosa Carreras, Varela, Vega, de la Vega, Vernazza, Vocos Giménez, Zambrano.—**Ausentes con licencia:** Bengolea, Candioti, Gómez, Gonnet, Ortiz.—**Con aviso:** Carranza, Cordero, Gallo, Garrido, González Bonorino, Maza, Parera (R. A.), Paz (M.), Saavedra Lamas, Serrey, Terán.—**Sin aviso:** Alsina, Alvarez (A.), Arias, Freyre, García, Pinaseo, Rivas, Tenreiro, Vergara.

SUMARIO N.º 59

1

Despacho de las comisiones.

2

Constitución de la **comisión de reforma al reglamento** de la cámara.

3

Continúa la consideración del despacho de la comisión de negocios constitucionales en el proyecto de **reforma de la ley electoral**.

4

Mensaje del Poder ejecutivo y proyecto de ley: prórroga del plazo fijado para el **enrolamiento general**.

5

Continúa la consideración del despacho de la comisión de negocios constitucionales en el proyecto de **reforma de la ley electoral**.

—En Buenos Aires, á 10 de noviembre de 1911, el señor presidente declara reabierta la sesión á las 4 y 15 p. m., con asistencia del señor ministro del interior, doctor Indalecio Gómez.

1

DESPACHO DE LAS COMISIONES

AUXILIAR DE PRESUPUESTO:

—Crédito suplementario al ministerio de marina por \$ 217.046.54 m/n. y \$ 3.823.33 oro sellado, con destino al pago de ejercicios vencidos.

—Crédito suplementario al ministerio de marina por 308.704 pesos con destino al refuerzo del ítem 2, inciso 12, partida 3 del anexo G del presupuesto general vigente.

—Pasan los despachos á la orden del día.

2

## COMISIÓN DE REFORMA

## AL REGLAMENTO DE LA CÁMARA

—La comisión de reforma al reglamento de la cámara se ha constituido designando presidente al señor diputado Pinedo y secretario al señor diputado Lezica.

3

## LEY ELECTORAL

**Sr. Presidente**—Continúa la discusión pendiente.

Tiene la palabra el señor diputado Ayarragaray, que la había solicitado en la sesión anterior.

**Sr. Ferrer**—Yo la había solicitado.

**Sr. Presidente**—Pero antes del señor diputado, la había solicitado el señor diputado Ayarragaray.

**Sr. Ferrer**—Cuando menos, ha sido simultáneamente.

**Sr. Presidente**—La solicitó primero el señor diputado Ayarragaray.

**Sr. Ferrer**—Y en general, como voy á hablar en contra del despacho, tengo la preferencia por el reglamento.

**Sr. Presidente**—Está en error. Conjuntamente con el señor diputado Ayarragaray, la solicitó el señor diputado Cárcano. Para la presidencia es perfectamente igual que hable primero uno ú otro; quiere sencillamente hacer cumplir el reglamento.

**Sr. Ayarragaray**—No tengo inconveniente, contando con el asentimiento de la presidencia, en ceder la palabra al señor diputado, que manifiesta tan legítimo interés, reservándome el derecho de hablar después.

**Sr. Ferrer**—Mil gracias. La presidencia le ha cedido la palabra al señor diputado. Agradezco la deferencia, pero no la acepto.

**Sr. Ayarragaray**—El distinguido colega rechaza un acto de gentileza que hago con la mejor voluntad y espontáneamente.

**Sr. Ferrer**—Voy á aceptar la deferencia.

**Sr. Presidente**—Tiene la palabra el señor diputado por Córdoba.

**Sr. Ferrer**—Siento, señor presidente, tener que interrumpir este himno de alabanzas que ha escuchado la honorable cámara hasta ahora, en favor del proyecto de reforma á la ley electoral presentado por el Poder ejecutivo; y lo siento doblemente, porque ese proyecto tiene para mí un grave inconveniente, indicado precisamente por el señor ministro del interior que parece haberse aperebido de él; el cargo de inconstitucionalidad de ese proyecto.

Creo que las reformas proyectadas son inconstitucionales, y el señor ministro se ha apresurado á tratar el punto, precisamente porque no concibe la posibilidad de que se vaya á una modificación de la ley electoral pasando por sobre una violación de los principios constitucionales.

Ahora bien, señor presidente: el proyecto de reforma podemos considerarlo en sus dos puntos primordiales, ó sea sus dos proyectos fundamentales de reformas: el sufragio obligatorio y la forma de la elección, es decir, el sistema electoral.

En uno como en otro caso, encuentro que el proyecto de voto obligatorio importa algo fuera del alcance de nuestra Constitución, y el sistema electoral propuesto está abiertamente en contra de sus disposiciones.

Me ocuparé primeramente del sufragio obligatorio.

El proyecto, saliendo de la idea general de que el sufragio es una función facultativa del ciudadano, lo toma, levantándose á la mayor altura de las concepciones éticas de la filosofía moral, como un deber del ciudadano.

No voy á desconocer al señor ministro el carácter de deber moral en el elector, como miembro de una sociedad para concurrir al acto electoral; pero que ese deber moral pueda convertirse, por el simple mandato de una ley reglamentaria, en un deber positivo, creo que éste es un error craso. Primero, no hay una sola disposición, un solo pen-

samiento en nuestra Constitución que pueda importar siquiera la aspiración al sufragio obligatorio. Ha establecido el sufragio universal como una compensación de las cargas impuestas al ciudadano, como una compensación de la obligación de tomar armas en defensa de la patria, como una compensación de todas las demás cargas que constituyen el ejercicio de la soberanía; pero esto es como ejercicio de un derecho, para formar parte del colegio que ha de designar los representantes. De aquí á convertir esto en deber hay mucha distancia. Yo desearía ver un solo pensamiento en la Constitución que pudiera indicar la existencia de ese deber; mientras que el servicio obligatorio lo ha ido á encontrar la Suprema corte federal en una prescripción constitucional, que manda imperativamente al ciudadano que ha de armarse en defensa del país y de su Constitución; y es por esta razón que el servicio obligatorio existe constitucionalmente.

Para poder invocar igual origen constitucional, deberíamos encontrar una ú otra disposición que mandara que todo ciudadano debe concurrir al acto electoral. Esto no sucede. Por otra parte no podría suceder. Se trataba aquí de un pueblo de civilización embrionaria, de un pueblo salido de la anarquía, de la oscura anarquía y de veinte años de tiranía. Empezaba su organización ¿en qué condiciones? ¿Podía considerarse que los ciudadanos que constituían esa nacionalidad—la nacionalidad argentina—se hallaban en condiciones de ejercicio efectivo y completo de la facultad del sufragio electoral? ¿Tenían conciencia cada uno de ellos del acto que iban á ejecutar al depositar su voto en la urna? Creo que esta pregunta no tiene más que una sola respuesta: la negativa.

Actualmente tenemos en estado analfabeto más de las dos terceras partes de la población de la República. Y ¿qué significa eso? ¿Se halla esa parte analfabeta de la población de la República en condiciones de poder ir á depositar su voto, obligado por la ley?

Y no busquemos subterfugios para decir que pueden ser objetos de una pena...

**Sr. Fonrouge**—Me permite una observación el señor diputado?

**Sr. Ferrer**—Permítame el señor diputado, podrá hacer después todas las que quiera.

**Sr. Fonrouge**—Es que está argumentando sobre una base falsa. No hay pena para los analfabetos.

**Sr. Ferrer**—Iba á decir yo que una cosa es el deber de votar impuesto por la ley y otra cosa es la pena con que se hace respetar. Puede existir el deber sin existir la sanción penal. Pero, ¿con qué derecho se me hace responsable de una falta, cuando no está en mi posibilidad cumplir con la ley?

**Sr. Fonrouge**—Por eso se excluyen á los analfabetos, teniendo en cuenta todas esas razones.

**Sr. Ferrer**—Por eso decía que el señor diputado no se ha dado cuenta del alcance de lo que he dicho.

Es un hecho demostrado que la inmensa mayoría de los ciudadanos se halla en situación de no poder depositar su voto, por la falta de conocimiento y preparación. ¿Y podemos concebir que haya una ley tan cruel y tan despótica que vaya á penetrar en la conciencia del ciudadano para torcerla en esa forma, para decirle: ¿vas á votar sobre lo que no conoces, sobre lo que no puedes conocer? No! No, eso no ha podido ser jamás la mente de la Constitución; no ha sido ese seguramente el espíritu de la prescripción del artículo 37. Cuando ha ido á encomendar al sufragante la manifestación de la voluntad popular, lo ha hecho reconociendo esa voluntad, ese derecho del ciudadano; pero derecho que supone la conciencia del ser que lo ejerce.

Y he ahí la gran cuestión que se ha producido en el mundo, precisamente en las grandes democracias, sobre la restricción ó limitación del sufragio por el voto calificado. Esa es la gran consideración que ha existido entre nosotros mismos, y la gran razón que se ha dado en contra de aquella limitación ha sido que no podía negarse el voto á quien iba á sacrificar su sangre en defensa de la patria. Pero de allí á imponer la obligación de hacerlo, va una inmensa diferencia.

Se dirá que, efectivamente, se impone el deber, pero que falta la pena. Efectivamente, la ley no castiga en este caso, pero reconoce la falta; lo que quiere decir que un ciudadano, en su

conciencia, al no votar, ¿puede decir que ha cumplido con su deber, desde el momento que la ley le impone la obligación de presentarse á sufragar?

Por otra parte, al considerar esta obligación del sufragio universal, cargada de sanciones penales por la falta de su cumplimiento, nos encontramos, de la noche á la mañana, con que es pura bambolla: son burbujas de jabón que se entretiene el señor ministro en despacharlas al espacio.

Es que no hay tal voto obligatorio posible. ¿Por qué? Por una razón muy sencilla: porque el voto es secreto. Habiendo el señor ministro en el clavo, cuando ha dicho: ese es el medio que el Poder ejecutivo tiene para vencer á los que van á comprar el voto, porque ninguno será tan torpe que vaya á comprar el voto cuando no puede verificar si le han vendido una cosa buena ó no, ó si le han robado la plata. Y yo le digo: ¿de qué modo se asegura el Poder ejecutivo de que el sufragante ha cumplido con el deber legal de votar? ¿Puede, acaso, el encargado de recibir el voto, inspeccionar el sobre que se le entrega cerrado, cuando el proyecto de ley prohíbe hasta mirar el interior de la pieza en que se ha de depositar el sufragio?

Y entonces, señor presidente, si el que concurre al acto electoral puede votar ó no votar, según su antojo, por la sencilla razón de que el voto es el acto supremo de la conciencia, desde el momento que es privado sin que pueda jamás autoridad alguna penetrar hasta él, ¿cómo se pretende establecer como una obligación bajo el imperio de la ley? Lo único que resulta obligatorio es la concurrencia al atrio, pero no el hecho mismo de depositar el voto; porque todos los gobiernos, por despóticos que sean, podrán llevarlo encadenado al sufragante hasta el atrio electoral, pero jamás podrán obligarlo á que haga la manifestación de su voto.

Hasta ahora, señor presidente, hemos oído el clamor de un extremo á otro de la República, de los que piden garantías de la libertad del sufragio. La promesa hecha por nuestro actual presidente y confirmada por mi distinguido amigo el señor ministro del interior, ha sido de asegurar y garantizar la libertad del sufragio, pero no la efectividad del cum-

plimiento de un deber. Eso es otra cosa, y muy distinta. De un extremo á otro de la República le dirán: Sí, señor, queremos garantía de un derecho, pero no me dé como garantía, la imposición de un deber!

Es cosa muy distinta ejercer un derecho propio á tener que venir con la frente baja á cumplir un deber que se me impone: iré porque quiero, pero no obligado!

Supóngase, por ejemplo, que el sufragante crea que estamos todavía pateando en el barro, del que emanan los congresos y gobiernos actuales. ¿Con qué derecho se le va á imponer la obligación de que ha de concurrir á un acto electoral que para su conciencia es repulsivo? Y cuando he dicho estas palabras, no he dicho ideas mías, señor presidente. Son las ideas manifestadas por el señor ministro del interior. No es mi juicio propio con respecto á la situación política actual del país.

No me toca ni defender ni combatir esa situación. Es notorio que yo no he formado parte ni he concurrido á la política de la presidencia que ha concluido. Por consiguiente, ninguna vinculación tengo con los actos que en ella se han desarrollado, y como no tengo el propósito de herir ni aludir á nadie, he querido simplemente establecer que cuando he hecho esta referencia es para que el señor ministro del interior se encargue de explicarla en su oportunidad.

**Sr. Ministro del interior**—¿Me permite una interrupción?

**Sr. Ferrer**—No es posible concebir que se nos venga á hablar de este estado de descomposición absoluta al año de haber constituido gobierno, precisamente con esos mismos elementos de descomposición! (*Muy bien! Aplausos.*)

**Sr. Ministro del interior**—¿Me permite una rectificación, señor diputado?

**Sr. Ferrer**—Sí, señor.

**Sr. Ministro del interior**—Más adelante me ocuparé del fondo de la cuestión. Entretanto, una sola palabra bastará.

Desautorizo y rechazo toda interpretación de mis palabras por la que resulte un sentido ofensivo para los poderes públicos existentes y ofensivo retroactivamente respecto de administración determinada!

Todo el curso de mi exposición ha si-

do una revista histórica del estado político del país, sin aludir á situaciones determinadas y á poderes constituidos, en particular.

**Sr. Avellaneda**—De manera entonces que el único que puede darse por ofendido de las palabras del señor ministro del interior, es el diputado que habla, que, según la expresión literaria de su elocuente discurso, pateaba en el barro por la sola razón de interpretar nuestra ley constitucional con honestidad y con las mejores intenciones.

Yo no usé de la palabra en el mismo momento en que el señor ministro la dejara, como hubiera sido de mi deber, porque comprendí que conjuntamente conmigo quedaban en el barro el artículo 37 de la Constitución, ciudadanos distinguidos como Lucero, como Magnasco, como García Merou, como Gallo, como cien otros que en la encuesta de «La Nación», y en otros tiempos, han pensado de la misma manera que yo, es decir, que ningún otro sistema electoral que el vigente cabe dentro de los términos de la Constitución; y por último quedaba también en el barro, la memoria del eminente juriscónsulto don Manuel Quintana, que desde la presidencia de la República, consiguió volver, teniendo idéntico criterio constitucional al que yo tengo, y debido á los esfuerzos que hizo, al régimen actual, que tanto combate el señor ministro.

De manera que yo desearía, también, de la gentileza del señor ministro que me comprendiera á mí en las palabras; de no ser así...

**Sr. Ministro del interior**—Está dicho: ni persona, ni poder.

**Sr. Agote**—Porque habría que saber á cuál de los discursos: si al que existe en el «Diario de sesiones» ó á la versión taquigráfica del que pronunciara el otro día, porque son cosas completamente distintas.

**Sr. Ministro del interior**—¿Me permite el señor diputado?...

Sé á lo que alude el señor diputado: á que empleé aquí en verdad, la palabra putrefacto, refiriéndome al sistema que impugnaba...

**Sr. Agote**—Y á los gases mefíticos que exhalaba.

**Sr. Ministro del interior**—No dije tal palabra; apelo á la memoria de la cámara.

**Sr. Agote**—El señor ministro convenirá que cuando yo hago afirmaciones de esta clase, es porque he creído haber oído. Ante una declaración como la del señor ministro y no estando escrita en el «Diario de sesiones», me es sumamente grato aceptar su palabra, pero por una palabra ó por otra, no quita absolutamente que lo que existe aquí es completamente distinto á lo que dijo el señor ministro, palabra más, palabra menos.

**Sr. Ministro del interior**—Es la palabra á que se refería el señor diputado. Usé, es cierto, la palabra putrefacto. Si en el momento de decirlo hubiera podido suprimirla, lo habría hecho. Los que me conocen saben que no es usual en mi vocabulario, pero en el calor de una improvisación muchas veces salen palabras que, aun cuando estén en la imaginación, no son de nuestro uso. Cuando la encontré en la prueba taquigráfica creí que correspondía á mi cultura y urbanidad suprimirla. Y si por esa sola palabra algún oído en la cámara se ha sentido ofendido, pido que me disculpe. Más me cuesta, señores, á mí haber usado tal palabra que pedir excusas por haber hecho uso de ella. (*Muy bien! Muy bien! Aplausos.*)

**Sr. Ferrer**—Voy á pasar á ocuparme de ese punto, dejando establecido que el voto no es ni puede ser una obligación, sino un derecho, especialmente, dada la situación de nuestro país.

Y voy á agregar algo más.

En algunas repúblicas americanas, como Méjico, Colombia y algunas más, existe el voto obligatorio, constitucionalmente establecido, no por medio de leyes que lo crean, sino por las propias instituciones; y esto se explica porque, tratándose de lo que ha de constituir la base y el fundamento de sus poderes públicos, no puede dejarse á la creación aleatoria y á la movilidad constante de una ley reglamentaria.

El sistema electoral es el sistema fundamental de un estado: forma parte neta de su Constitución, en cualquier forma en que esté insinuado, y en nuestra Constitución se halla perfectamente insinuado, como voy á demostrarlo. Por consiguiente, dejaré como establecida la disidencia por inconstitucionalidad, respecto al voto obligatorio, y paso á ocuparme de la inconsti-

tucionalidad de la reforma, en cuanto al sistema.

Mucho se ha manifestado en contra del sistema actual; puede tener sus inconvenientes, pero creo que son exagerados los cargos que se le hacen.

Sin querer repetir la escena producida, me permitiré hacer una aclaración á la exposición del señor ministro.

Acepto su explicación de que no ha querido hacer cargos á gobiernos y parlamentos determinados, pero esto no quiere decir que esos gobiernos y esos parlamentos no hayan salido de ese sistema, que se considera algo que es necesario cambiar á toda costa, con toda urgencia.

No habrá habido la intención, y lo creo, de parte del señor ministro de echar la culpa de los resultados del sistema de lista á la actual administración, y ni siquiera á la anterior, que preparaba los actos electorales, ni tampoco al Congreso, que si bien era beneficiario, digámoslo así, de esas pequeñas irregularidades, propiamente no era elemento activo en ellas, no era un culpable de fraude electoral, aunque pudiera tener su pequeña participación, por aquello de la aprobación de sus actos. Pero ya digo: tomo las palabras del señor ministro en lo que él ha manifestado, hablando en general, con toda la extensión que su palabra oficial tiene y merece. El sistema electoral que ha existido hasta ahora es un sistema depravado, corrompido, malsano, que es necesario á toda costa cambiar.

El señor ministro no ha desconocido, felizmente, los grandes beneficios que han resultado bajo la acción ineficaz de esos miasmas que salían del sistema electoral: nos ha hecho un brillante cuadro del progreso del país, si bien ha empezado por declarar que no es ese el resultado del sistema, sino de la providencia divina, como creo que dijo alguien. Indudablemente, es ella la que nos manda lluvias, es la que contribuye á la riqueza pública; pero esos congresos que han sido hechos bajo la acción bastarda de los gobernadores de provincia, son los que han podido realizar aquellos hechos, ¿y por qué? Debemos decirlo de una vez para siempre: porque respondían de lleno á la iniciativa y á la buena intención del Poder ejecutivo.

Un parlamento que se viene ocupando únicamente de establecer rencillas entre sus divergencias políticas, no hubiera sido un parlamento fructífero para el bienestar del país. Habríamos tenido lo que constantemente sucede en las cortes españolas, lo que pasa diariamente en las cámaras francesas: discutiéndolos en grande; pero el progreso del país, eso que hemos alcanzado con el fraude electoral, con las imposiciones de los gobiernos de provincia, con las insinuaciones de los presidentes de la República, eso, no lo habríamos tenido. ¿Por qué? Porque no habríamos tenido Congreso en que existiera la suma de homogeneidad necesaria para llegar á esos resultados.

No se quiera con esto pensar que voy á sostener la legitimidad de esos actos. No. Simplemente hago constar el hecho producido; y quiero rectificar la afirmación del señor ministro de que esos resultados no han sido debidos al sistema. Sí, han sido debidos al sistema. El sistema es responsable de sus errores y tiene el derecho también de ostentar sus triunfos!

Ahora bien, señor; vamos á examinar el artículo 27 de nuestra Constitución, para ver si el sistema que se trata de corregir está ó no está comprendido en él.

Contiene este artículo cuatro reglas, nos decía el señor ministro: la una, que viene á establecer la unidad de la nacionalidad argentina; la otra, que establece que las provincias no son más que distritos electorales, correspondiéndoles un número de diputados proporcional á su población y en la proporción de un diputado por cada treinta y tres mil habitantes ó fracción que pase de quince mil; la tercera, que el sufragio ha de ser directo, y la cuarta, que la elección ha de ser á simple pluralidad de sufragios.

El señor ministro se ha desprendido muy fácilmente de las dos primeras partes del artículo 37, la que se refiere á la unidad de nacionalidad, y la que establece que las provincias son distritos electorales de un solo estado, y ha entrado á examinar únicamente las dos últimas. Pero creo que debemos tomar en cuenta también las dos primeras.

Es indudable que la mente de la Constitución ha sido justamente esta-

blecer la unidad nacional en la Cámara de diputados. Ese es el fundamento y la base de la representación nacional. No hay diputados por tal ó cual provincia; son todos diputados de la Nación, y lo mismo representa á la Nación el diputado electo por la Capital, que el diputado electo por Jujuy.

Pero á los objetos de la elección, se considera á las provincias como otros tantos distritos electorales que deberán elegir tantos diputados como corresponden á su población. Ahora bien; esos distritos electorales se componen de ciudadanos, que son los que van á ejercer el sufragio. ¿Y cómo? ¿Cuál es el derecho que ese principio constitucional les acuerda? A todos y cada uno de los miembros de ese distrito les acuerda el derecho de concurrir á la elección de todos y cada uno de los diputados que corresponden al distrito.

Esa es la igualdad del derecho electoral; ese es el cumplimiento de la prescripción constitucional.

Por consiguiente, cuando se dice que las representaciones acordadas á las provincias difieren por las circunstancias a, b ó c, se comete un gravísimo error.

El señor ministro ha hecho un cálculo de probabilidades, una especie de juegos malabares, ejecutados admirablemente en su dialéctica de consumado parlamentarista, respecto de las dificultades que produjo el sorteo para la renovación y las diversas condiciones en que quedaron, ya que las provincias no eligen por el número de diputados que les corresponde, sino por su convocatoria y otras cosas, preparando aquello de la convocatoria para las listas incompletas. Pero no: las provincias eligen los diputados que les corresponde según su población netamente, cualquiera que sea la época en que lo hagan. El sorteo de la renovación quiere decir que una parte de esos diputados son electos en un año y la otra parte van á ser electos á los dos años, pero siempre lo será la parte que al distrito corresponde en el año de la renovación, con arreglo al sorteo y con arreglo á su población, con arreglo á la representación. Aquí no hay ficciones. De manera que esa representación, esa pluralidad de sufragio es respecto á todos y á cada uno de los diputados que ha de elegir en cada una de las elecciones.

Que el resultado del sorteo hecho no por distritos, que no podría hacerse, porque los distritos son simplemente para el acto electoral, pero sí para lo que es la base de la representación, porque el conjunto ya no es de diputados de provincias, sino la representación de la Nación, y por consiguiente el sorteo debe hacerse de los diputados nacionales, no de los diputados por Córdoba, por Buenos Aires, por Entre Ríos ó Corrientes. Entonces el sorteo se hace en las condiciones de la primera regla de Constitución nacional, es decir como diputados de la Nación.

Ahora, ¿qué corresponde á los distritos hacer cuando les toca su período de renovación? Pues, elegir los diputados que les corresponda, según lo determine el sorteo para la época de la renovación.

Pero esto es elegir á todos los que tienen que elegir por derecho, porque los que no eligen ese año los eligen los años siguientes. De manera que también durante el período de la representación ha elegido la representación común. Aquí no hay ficciones.

El señor ministro ha pretendido coonestar el sistema de la lista incompleta, considerándolo comprendido dentro de la lista completa, y por ende dentro de la Constitución.

Empiezo por el final del argumento del señor ministro, es decir, por el final de su demostración ó sea por el corolario que resultaría, para fijar mis ideas. Yo desearía saber cómo ha llegado á este descubrimiento: que la lista incompleta está comprendida en la lista completa, cuando son precisamente todo lo contrario: la lista incompleta viene á segregarse la tercera parte de los derechos que corresponden á la lista completa. Yo no sé cómo puede hallarse esto comprendido en la lista completa.

Bien; examínese un poco la demostración que hizo el señor ministro y sus figuras, para lo que ha tomado la personalidad de tres grandes ciudadanos: Mitre, Pellegrini é Irigoyen. Suponía que el comicio se hallaba dividido por la influencia de esas tres personalidades. Se trataba de la elección de once diputados; y, según el número de sufragantes tendría el general Mitre 50,000, 40,000 el doctor Pellegrini y 20,000 el doctor Irigoyen.

Si hubiera de aplicarse lealmente el sistema actual, dice el señor ministro, resultaría que, de los once diputados, cinco tendrían el general Mitre, cuatro el doctor Pellegrini y dos el doctor Irigoyen, que es justamente el resultado que persigue la lista incompleta. ¿Cómo? Por obra y gracia del Espíritu Santo... pero no en virtud de la ley que manda que la elección debe hacerse á simple pluralidad de sufragios.

Según esa disposición constitucional, la lista encabezada por el general Mitre habría tenido los once diputados y no cinco, honrada y lealmente ganada la lucha en el acto electoral.

Pero el señor ministro ha olvidado explicarnos la manera cómo ello iba á verificarse, que no podía ser otra que ésta: que honradamente pretendiera cada uno de ellos nada más que la representación que lealmente á su partido correspondiera y que así, con ese propósito y con esos vínculos, concurrieran al acto electoral. Es decir: el acuerdo.

El acuerdo ya lo conocemos; sabemos en qué consiste y lo hemos visto producirse en repetidas ocasiones.

Así habrían resultado con el acuerdo convenidos cinco candidatos para los amigos del general Mitre, cuatro para los del doctor Pellegrini y dos para los del doctor Irigoyen.

Pero hagamos esta otra pregunta: ¿Habrían estado en los comicios, con esa lista así formada, los 110.000 sufragantes que iban á sostener á cada uno de los candidatos? Seguramente no, señor, porque jamás se ha producido el hecho. Realizado el acuerdo de listas, se reduce á la tercera parte del número de sufragantes. ¿Por qué? Porque ha desaparecido el calor de la lucha electoral; porque no hay incentivo para la lucha, desde el momento que existe el acuerdo que todo lo arregla.

Pero esto no es el sistema de la lista completa, ni es el sistema de la lista incompleta. Este es el sistema del acuerdo. Cuando los partidos van á la lucha electoral, lealmente, con sus propios elementos, el que tiene 50.000 votos saca la totalidad de la lista; los otros, con 40 y con 20.000 votos, no sacan nada; y esto lo hemos visto producirse precisamente en una elección ocurrida en 1900. Estaban de acuerdo dos partidos poderosos para ir á la lucha electoral. Diez

días antes de la elección ese acuerdo desaparece, se rompe. ¿Por qué? Porque los de un bando no tenían confianza en los del otro. Así fueron á la lucha electoral; y resultó que el tercero, con 11.000 votos ganó las elecciones en la Capital, teniendo uno de los partidos 8.000 y el otro 6.000, es decir 14.000. Pero si no se deshace el acuerdo, ganan los 14.000 votos contra los 11.000, no en virtud de la representación de las minorías, sino porque ellos habrían sido mayoría, constituyendo una sola lista que habría obtenido la pluralidad del sufragio.

Así es que no vengamos á confundir la pluralidad con la mayoría. La pluralidad es la mayoría. Es indiferente que sea absoluta ó relativa. Pero la pluralidad de votos es la mayoría de votos; mayoría relativa, cuando hay diversos partidos en lucha, que la constituye el que obtiene mayor número de sufragios; mayoría absoluta, cuando no son más que dos.

Ahora bien; existe á más del artículo 37, otro artículo en la Constitución, que se refiere al acto electoral, recordado por el señor ministro, el artículo 81, que se refiere á la elección presidencial. Esto vale la pena de tomarlo en cuenta, porque no es sólo por aquello de la mayoría absoluta que nos ha recordado el señor ministro en su discurso, por tratarse de una elección directa de los magistrados de presidente y vicepresidente; no, esa es la segunda parte de la elección. Está la primera, que es la elección popular directa, la elección de los electores que debe hacerse en la misma forma y en las mismas condiciones que la de diputados nacionales. Esa es la piedra de toque, señor presidente, que ha servido para verificar la legitimidad de los sistemas electorales. Hemos tenido el sistema de circunscripción, y el presidente electo por ese sistema no ha podido menos que reconocer que era inconstitucional y pedir su derogación por inconstitucional. Eso hizo el doctor Quintana en las sesiones del año 1905. ¿Por qué? Por una razón muy sencilla: porque cuando se fué á hacer la elección presidencial se encontró con que para la elección de los electores que corresponde á cada estado, no había inconveniente en hacerla por circunscripciones; pero se puso un pe-

queño obstáculo en el camino, con los cuatro que correspondían á los senadores. ¿Cómo hacer? ¿Distribuirlos en las circunscripciones? No era posible, porque tenía que elegirlos todo el distrito. Y entonces ¿qué se hizo? Como la circunscripción no servía para el caso, se apeló á la lista completa. Y entonces hicimos la amalgama de la elección por circunscripciones y de la elección por lista completa!

¿Y esto es sistema electoral, señor presidente?

Bien puede admitirse como un caso de condescendencia que la Constitución no establezca un sistema determinado; pero que se le ocurra á nadie que la Constitución ha de admitir una amalgama de diferentes sistemas como régimen electoral para establecer el fundamento de sus autoridades principales, es un colmo que nadie se atreverá á sostener. Y sin embargo, ese es el resultado á que se ha llegado con la circunscripción.

¿Y qué resultará con el sistema de la lista incompleta? Se van á formar los colegios electorales en cada uno de los distritos por elección directa, con mandato facultativo ó imperativo, como se quiera, para la designación de presidente y vicepresidente de la República; y ¿habrá quien sostenga la legitimidad de regalar á una lista vencida la tercera parte de la representación de los sufragios, nada más que para darse el lujo de decir que ha estado representada la opinión de la minoría en la elección de presidente de la República?

En primer lugar, esto sería violar el principio constitucional, porque los electores deben llevar el mandato de todos los sufragantes, debe ser el resultado de la pluralidad de sufragios que constituye la elección primaria, y si es admisible la representación de minorías en el seno del Congreso para que vengán á ilustrar las cuestiones con su opinión autorizada, no me parece que sea necesaria tal opinión autorizada cuando se trata de hacer la elección de presidente y vicepresidente en los colegios electorales de cada distrito. Y es por esto que sería sumamente peligroso el ir á girar sobre el porvenir y sobre las consecuencias que podría traer esa representación promiscua, viniendo aquí alguien por quien no ha votado la ma-

yoría y quien ha quitado á la mayoría el derecho de completar el colegio, para darle entrada á una minoría que puede representar más ó menos, porque como no tiene tampoco representación determinada, ni es proporcional, resultará que le bastarán cien votos para tomarse la tercera parte del colegio electoral.

No sé si el señor ministro piensa llevar hasta ahí la reforma, porque ni en su proyecto de ley, ni en el de la comisión, figuran para nada el modo como se ha de hacer la elección de electores de presidente.

**Sr. Fonrouge**—¿Me permite una interrupción, señor diputado?

Dándome cuenta de ese vacío he entregado á la secretaría un artículo que es previo.

**Sr. Ferrer**—Comprendo, señor diputado, que por los artículos que se vayan presentado se salve todo esto, pero yo no estoy combatiendo los artículos que se van á presentar á la cámara, (*Risas*), sino un discurso que se ha pronunciado en su seno.

**Sr. Fonrouge**—Se está disutiendo un artículo que he presentado en secretaría.

**Sr. Ferrer**—No estoy disutiendo los artículos que están en secretaría.

**Sr. Fonrouge**—Pero está haciendo argumento de la ausencia de una cosa que existe.

En el artículo que he presentado está la forma para la elección de electores, y podría darse lectura de él.

**Sr. Olmedo**—No, señor diputado. Eso no interesa á la cámara, sino escuchar el discurso del señor diputado por Córdoba.

**Sr. Presidente**—No puede estar en discusión lo que no se conoce todavía. Continúa con la palabra el señor diputado.

**Sr. Ferrer**—No puedo ya disponer de la fuerza necesaria para continuar en mi exposición, y por otra parte, creo haber llegado á demostrar evidentemente, que la lista incompleta no está comprendida dentro del artículo 37 de la Constitución.

Ese artículo nos habla de pluralidad de sufragios, y no hay más pluralidad de sufragios que la mayoría relativa ó la mayoría absoluta. Pero nunca una segunda mayoría ó una primera mino-

ría. Porque para hacer figurar á esa segunda mayoría como primera minoría, todo lo que se hace es cercenarle á la primera y única, un número de representantes que le correspondía derechamente.

Esto no es sistema electoral. Este es sistema de cercenamiento. Por consiguiente, doy por terminada mi exposición. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

**Sr. Ayarragaray**—Pido la palabra.

No pronunciaré un discurso de escolástica constitucional, ni tampoco doctrinario, ni menos entraré á apreciar los sistemas electorales con un criterio libresco, porque la cámara no es una cátedra, sino un consejo de gobierno.

Vengo aquí sin ninguna situación electoral que defender, dispuesto á hacer obra de absoluta buena fé, sin preocuparme mucho ni poco, de las repercusiones que pueda tener en mi destino político la reforma electoral; porque me parece que expresar con sinceridad y franqueza sus ideas é impugnar las contrarias, es el ejercicio más noble á que puede entregarse un pensamiento.

A pesar de las disidencias teóricas en detalles de sistema estoy de acuerdo en el fondo y coincido en absoluto con las ideas del Poder ejecutivo, por cuanto creo en la necesidad y conveniencia de dar representación á las minorías, porque tales ideas son inspiradas en un concepto nuevo, de la política y del gobierno.

Para mí, señor presidente, en materia de legislación electoral y de política general, no tienen mayor significado los principios, y los considero solamente del punto de vista de la posibilidad de su aplicación; el hombre de gobierno no vive de abstracciones, sino de realizaciones.

Soy un evolutivo, y creo por lo tanto, que todo sistema que quiera, en corto plazo, corregir fundamentalmente una situación social ó política, fracasa fatalmente; la constitución electoral argentina se puede modificar, pero se puede modificar en una forma progresiva y lenta.

En todas las materias, es un poco difícil copiar, y mucho más en legislación electoral, es igualmente difícil trasplantar una reforma electoral de un clima político á otro clima político completamente antagónico, porque el sistema

electoral, por ejemplo el uninominal, que conviene á Francia, país que posee una población intensa, con difundida cultura, con tradiciones centralistas y monárquicas, puede ser un contrasentido en el nuestro, porque no es posible usar del mismo arado para roturar tierras vírgenes que tierras que han sido secularmente cultivadas.

Siendo el voto un medio y no un fin de gobierno, y puesto que por su intermedio la opinión hace sentir sus distintas tendencias, y por su intermedio se renuevan los poderes, toda reforma electoral entraña un problema esencialmente político.

¿Cuál es el propósito que persigue, cuál es la política que desarrolla con la reforma electoral, el actual presidente de la República?

En nuestro régimen constitucional no es el presidente, en nuestro edificio gubernamental, un mero detalle de ornato, un florón arquitectural, como el presidente de Francia; él ha sido, es y será el elemento activo y actuante en la democracia argentina; él ha sido siempre una tendencia, él ha sido siempre una opinión, ó mejor dicho ha sido un director de opinión, y no puede estar, en consecuencia, como un monarca, reducido al mutismo y á la inercia.

Así lo comprendió siempre el primer magistrado de los Estados Unidos, como así lo comprende seguramente nuestro presidente actual.

¿Cuál es, pues, el pensamiento actual de la política del gobierno?

Se me antoja por lo que colijo de las palabras pronunciadas en la sesión anterior por el señor ministro del interior, que esta política consiste en hacer del sufragio el instrumento de nuestra transformación pacífica, para conducir la democracia argentina hacia métodos nuevos de lucha y hacia formas superiores de organización.

Y todo me parece que está en el momento actual preparado para tan grande transformación; sólo falta el pensamiento y la acción que atraviese la atmósfera como una chispa, para que la luz se separe de las tinieblas; todos los ingredientes que ha menester el nuevo concepto de la política y del gobierno están en el fondo de la retorta; sólo falta la mano de la historia que le mueva para que el nuevo cuerpo se precipite!

No pueden encontrarse, pues, el señor presidente de la República y el ministro del interior en condiciones más favorables para inaugurar una política de transformación substancial en nuestro país.

Pero el éxito de una reforma electoral dependen en gran parte del espíritu político predominante en el país.

Para que una reforma electoral no fracase es necesario que haya una opinión pública activa, que inspire con su soplo moderno las cláusulas y la letra de la reforma; es necesario que haya partidos orgánicos que den movimiento á la legislación; y que rellenen con carne, con nervios y sangre el esqueleto siempre frío é inerte de la ley!

Dadme, señores diputados, buenas costumbres con malas leyes; no me déis malas costumbres con buenas leyes, porque iremos, seguramente, al fracaso, ó serán reformas insustanciales é ineficaces.

Recordemos á Inglaterra, que con la legislación más monstruosamente arcaica, y más insuficiente, antes de las reformas del siglo pasado, ha tenido los primeros parlamentos y los primeros comicios del mundo. «Mater parliamentum!»

Cuando en un país existen todos los elementos de gobierno y todos los elementos políticos para fecundar una reforma electoral, ella es siempre una reforma transcendental; mientras que en los países desorganizados ó en los que faltan esos elementos, una reforma electoral es sencillamente una reforma teórica, una ley como llama Spencer, de intención pero sin aplicación, una reforma de esas que quedan intertes y frías encima del papel, pero que ni se substantian en las costumbres populares ni en la acción política.

Bélgica, para apoyar lo que acabo de decir, con una reforma electoral oportuna, el año 1889 hizo abortar una sangrienta revolución.

En esa época había triunfado allí el partido católico, por circunstancias que no es del caso enunciar y había anulado en tal forma al partido liberal, que se produjo un movimiento de irritación que puso á aquella noble nación en condiciones de un desgarramiento trágico. Fue entonces que el partido católico, que contaba con toda la situación poli-

tica del país, porque el triunfo había puesto todo el parlamento y todos los resortes del poder en sus manos, decidió, para evitar una catástrofe, desprenderse de una parte del botín de su victoria, é hizo sancionar entonces el voto proporcional, auspiciado por el espíritu público y por todos los partidos; y entonces Bélgica entró en el juego regular de sus instituciones y pudo, en esa forma, abrir una válvula de escape al espíritu público comprimido.

Todo lo contrario, señor presidente, pasó en España después de la Restauración borbónica, que la tomó sin espíritu público organizado, sin partidos, sin antecedentes respetables constitucionales y parlamentarios, y de cuyo seno anómalo y perturbado, surgió precisamente la lista incompleta, que hoy sostiene el señor ministro. Fue un artificio, para cubrir un artificio mayor, como en seguida lo estableceremos.

Alfonso XII quería imitar la dinámica política y parlamentaria de Inglaterra, pero Alfonso XII se encontró como puede encontrarse nuestro presidente actual, en medio de un erial político.

Alfonso XII quería suscitar artificialmente comicios regulares, elecciones movidas; quería la rotación de los partidos en el poder; quería tener grandes jefes de grupos; quería suscitar, en una palabra, con reformas más ó menos activas, todos los elementos que actualmente quiere suscitar nuestro presidente, para cumplir, si es posible en edad madura, nobles aspiraciones de juventud.

¿Y qué sucedió en España? Sencillamente: el rey dividió sus cortes en dos fracciones casi iguales; colocó una á la derecha de su trono é inclinándose como un dios, le infundió el soplo de vida y le dijo: «vosotros sois conservadores»; colocó la otra á la izquierda, é inclinándose nuevamente como un dios le inspiró el soplo de vida y le dijo: «vosotros sois liberales». Como podría hacer el año próximo el señor presidente de la República si triunfara la lista incompleta y dada la incongruencia y el estado caótico de los partidos políticos militantes, y decir á la Unión nacional: «vosotros sois conservadores», y á los de la Unión cívica: «vosotros sois liberales».



Sres. Lacasa y Vega—¿Y á los demás? (Risas.)

Sr. Ayarragaray—Señor presidente: no hay trompo para todos los niños, y como yo estoy afiliado á un partido, pienso en el mío, que cada uno de los diputados piense á su vez en el suyo. (Risas.)

Sr. Agote—Que haga de Dios, entonces, cada uno.

Sr. Ayarragaray—Bien, señor presidente; desde el momento que aquellos partidos que sostenían la misma monarquía, que sostenían la misma constitución, que no tenían, como nuestros grupos, ninguna disidencia fundamental, empezaron á atacarse, á injuriarse, á calumniarse; existieron entonces todas las formas externas de la vida política, ya que la injuria es la democracia, y en la lucha política moderna, una condición esencial de la actividad y del entusiasmo cívico.

Pero al cabo de los años, los jefes de estos grupos, Cánovas y Sagasta, se apercibieron de que, si tenían distintos rótulos, no tenían distintos programas. Aquellos graves varones, me imagino, que debieron mirarse á la cara como los augures antiguos y sonreír; y decidieron entonces que cada dos ó tres años, —lo decidieron tácitamente,—se turnarían en el poder, con la única condición de cambiar el personal administrativo, militar y político. Así, señor presidente, sino pasaban todas las ideas por el poder, pasaban todos los hombres políticos por el presupuesto. (Risas.)

Señor ministro del interior; ¿no sería posible, con un tratamiento tan empírico y tan cómodo, dar solución, aunque fuera momentánea, á las crisis políticas argentinas, ya que todos, aquí como en España, queremos la pureza administrativa, la pureza electoral, y las posiciones políticas y administrativas del gobierno?

Sr. Ministro del interior—Señor diputado: yo no he encarado el problema de esa manera. Yo he contemplado al pueblo. Quiero que el pueblo vote. Lo que resulte de eso, no lo puede prever el señor diputado, como tampoco puede profetizar de que lo que pasó en España pasará aquí, tanto más cuando no hay un Alfonso XII que distribuya denominaciones políticas.

Sr. Ayarragaray—Señor ministro: cuando el pueblo está siempre ausente y se parece en nuestras luchas políticas á los coros de las tragedias griegas, que se los oía pero que no se les veía, es difícil que con una ley artificial se pueda sacar al pueblo de su retiro; y cuando en las distintas situaciones políticas que ha tenido el país, regidas por hombres y partidos tan diversos, el pueblo, á quien se conjura desde hace cincuenta años, no aparece, es como para creer que es un personaje que no existe aún ó que no quiere salir á la escena.

Sr. Ministro del interior—Eso lo vamos á ver.

Sr. Varela—Suele aparecer.

Sr. Ayarragaray—En forma violenta, en períodos revolucionarios, pero sin el espíritu de perseverancia, que requiere la vida democrática.

Traigo á colación estos antecedentes, para probar que allí donde están falseadas las bases políticas y las bases de gobierno, casi todas las reformas de legislación son insuficientes é ineficaces; es decir, que todos los sistemas electorales son igualmente pésimos.

No tengo ninguna preferencia dogmática por ningún sistema electoral.

Mi profundo escepticismo me hace mirar á todos con la misma tolerancia.

Es sabido que el escepticismo ha sido en religión, en política y en todo, la base y la madre de la tolerancia y el que más ha pacificado al mundo.

Mientras nosotros estamos aquí, candidamente, discutiendo la ley electoral, —al menos algunos la discutimos candidamente,—yo ya conozco por lo menos cinco listas hechas por gobernadores de provincia, de los diputados que vendrán el año próximo al congreso nacional. (Risas.)

Sr. Vocos Giménez—Sería interesante conocerlas.

Sr. Ayarragaray—No puedo dar los nombres porque es un secreto profesional. (Risas.)

Pido disculpa á la cámara, pero es necesario matizar estas reuniones que en nuestro parlamento son generalmente muy solemnes.

Y vuelvo á tomar el hilo de mi discurso en la manera habitual que tengo de hablar, rindiendo á la raza y á los hábitos lo que á ellos le corresponde:

yo también soy un poco solemne! (Risas.)

Lo que ha fracasado en este país, señor presidente, son dos sistemas políticos: el sistema político de la violencia, después de ochenta años de una experiencia ineficaz, que ha probado que nada grande y nada sólido se puede fundar sobre él, y el sistema político del fraude y de la maña, que ha probado también que nada grande y nada sólido se puede fundar sobre él. Son esos sistemas, señor ministro, los que han fracasado, no la pobre lista completa de la Constitución! Ella nunca fué por fatalidades políticas é históricas practicada con lealtad. Estoy seguro que si en vez del sistema de la lista completa de la Constitución hubiéramos tenido el voto proporcional, hubiéramos tenido el cociente, ó hubiéramos tenido cualquier otro sistema, nuestra política y nuestro parlamento hubieran tenido la misma expresión y la misma fisonomía, porque las prácticas electorales no son hijas en general de la legislación, y como todos los otros progresos son efectos de la ilustración colectiva, de la cultura, de la renovación de las ideas, de la superiorización de la población, de la complicación de los intereses económicos!

Cuando yo oigo al señor ministro y á algunos otros señores diputados inculpar á la lista completa de la Constitución las irregularidades y los vicios de nuestra política, pienso que muchas veces estos distinguidos colegas y mi distinguido amigo el señor ministro del interior, por quien tengo tan alto y tan viejo aprecio, se afilian sin querer á esa pequeña filosofía de política y de historia, que imputa efectos trascendentales á las pequeñas causas. Michelet divide la historia del reinado de Luis XIV en dos grandes períodos: antes de la fistula del rey y después de la fistula del rey.

Pascal había dicho ya que si Cleopatra hubiera tenido algunos milímetros menos de nariz, la suerte del mundo habría sido otra, queriendo significar con esto que no se hubiera perturbado la cabeza de César y de Antonio. (Risas.) Y en fin—y permítame la cámara esta digresión—no hay poder superior al de la belleza, ni el poder del genio, ni el de la gloria. Quizá en este país sea superior á ese poder el poder del go-

bierno. (Risas.) Yo creo que un diputado argentino resistiría á una insinuación de Cleopatra, pero no sé si podrá resistir á una insinuación del presidente. (Hilaridad general.)

Señor presidente: las consideraciones que acabo de exponer dan el concepto y el criterio con que yo aprecio la reforma electoral, es decir, que la reforma electoral argentina no se puede desenvolver en la región de la abstracción y de la idealidad absolutas. Spencer ha dicho que siempre que hay una reforma ó una revolución que supere en mucho el carácter nacional, en la aplicación de esa reforma ó de esa ley hay deficiencias que están en armonía con la discordancia de una y otra.

En definitiva, yo me sentiría inclinado teóricamente á prestigiar el sistema de la lista de la Constitución y de la tradición, atenuado por el voto acumulativo, sistema que presentó hace tres años y que tuvo hasta pocos días antes de haber surgido el sistema de la lista incompleta, la simpatía del actual gobierno.

El voto acumulativo, como sistema de ensayo y de transacción, es, me parece, el que más se ajusta á la Constitución, al estado de nuestra política y á los propósitos que persigue el gobierno. El voto acumulativo es la lista incompleta voluntaria con una adaptación y elasticidad á las distintas modalidades de la opinión que no tiene seguramente la lista incompleta del Poder ejecutivo, que tiene que recurrir al automatismo mecánico y á un criterio arbitrario que le hace acordar «a priori» una representación á las minorías, estén organizadas ó no estén organizadas, sean grandes ó chicas, sean insignificantes ó no. Hasta cierto punto, me parece que esto es falsear en su base el sistema representativo.

Estoy seguro que el sistema de lista incompleta se ha de prestar á maniobras fáciles, á bifurcaciones artificiales de fuerzas, de manera que una misma situación, un mismo partido, acapará toda la representación.

Cuando yo presenté el proyecto de voto acumulativo, proclamé la necesidad de dar representación á las oposiciones y minorías. Por el voto acumulativo, un partido hace una especie de transacción consigo mismo, y cuanto me-

nor sea el número de candidatos á que aspire, mayores son las probabilidades de éxito que le acompañan en la votación. Y no se crea que los grupos parlamentarios se pueden medir por el número de diputados. Recuérdese que en el año 1857 bastó la entrada de cinco diputados al parlamento francés, para mantener vivo el espíritu de hostilidad contra el imperio; y aquí, en nuestro país, ha bastado la sola oposición de un congresal, para tener á raya mayorías disciplinadas.

Encuentro á la lista incompleta del ejecutivo otra deficiencia, comparada con el voto acumulativo, y es que no suscita fácilmente las fuerzas de opinión. Me parece que con ese sistema, basta que se organice medianamente una oposición y espere durmiendo, para que la representación le alcance. Después encuentro que el voto acumulativo está más de acuerdo con la democracia, donde las mayorías son las que gobiernan y las minorías fiscalizan, hasta que, á su vez, las minorías—y esta es una ley histórica—que hayan reposado sobre una base razonable, pasan al cabo del tiempo, á convertirse en mayorías, reemplazando á las mayorías de ayer, convertidas hoy en minorías. Porque así se forman las oposiciones por la acumulación de los agravios colectivos y personales. No hay gobierno, por superior que sea, que no hiera diariamente intereses individuales y colectivos.

Las mismas objeciones que yo hago á la lista incompleta, presentada por el señor ministro del interior, quizá, bajo otros aspectos, puedan hacerse al voto acumulativo, que tendrá, sin duda, sus imperfecciones. De manera que yo, á pesar de las objeciones que hago á la lista incompleta, votaré por ella, como un acto de solidaridad política con el presidente de la República y con las ideas de reforma que él persigue. Pero quiero hacer una salvedad, porque yo hago siempre, en mi modesta esfera, una política de lealtad y de franqueza. Si más adelante al terminar el debate, tuviera que optar entre la lista completa y la circunscripción—ya se lo dije particularmente al señor ministro—yo optaría por la lista completa, porque rechazo en absoluto la circunscripción, señor presidente, no sólo por razones de que la circunscripción es antagónica á

la Constitución, á su espíritu y á su letra—y no voy á entrar en divagaciones constitucionales, porque se trata de un tema agotado—sino porque es un sistema que no se aviene con nuestra población enrarecida y mal distribuida, de tal manera, que fuera de ciertas circunscripciones que tendrán en su seno alguna población urbana, la mayor parte serán circunscripciones rurales, con votantes completamente rudimentarios. Es sabido que, en general, una provincia argentina, se reduce política y demográficamente hablando, á la capital, donde están las tradiciones, las personalidades respetables, donde está casi toda la capacidad cívica y donde hay un cierto ambiente de cultura histórica. Estos centros son, naturalmente, centros directivos, que sirven de contrapeso al obscurantismo é ignorancia de las villas y campañas, donde hay una población especial, que no está muy capacitada para las delicadas actividades que requiere la vida ciudadana.

De modo tal que si nosotros á esas campañas despobladas é incipientes, vamos á dividir las circunscripciones haremos *bourgs pourri* criollos, muy inferiores á los que la reforma del siglo pasado suprimió en Inglaterra.

En esas circunscripciones no habrá más que un centenar de votos silvestres, como aconteció cuando se puso en práctica el sistema entre nosotros.

Aun aquí mismo en la Capital, resultaron electos diputados, ilustrados por cierto, pero que no venían con más representación que la de un centenar de electores. Y, señores diputados, yo pregunto ¿si de centros de fuerzas tan raquíticas puede salir un diputado nacional? ¿si un comicio electoral tan misérrimo puede dar un mandato de la Nación?

No quiero decir que nosotros olvidemos con mucha facilidad el pasado, pero quiero expresar á la cámara lo siguiente: que la venalidad que hoy ha llegado hasta la ruina del candidato y que tarde ó temprano ha de repercutir sobre la probidad de este Congreso, tiene en la circunscripción su cuna. No quiero tampoco decir y repetir argumentos que todos conocemos: el del descenso de la intelectualidad parlamentaria, el estrechamiento del campo visual del diputado que es incapaz de ver las líneas

de los intereses generales, para no ver sino los intereses del campanario y del rincón que lo eligieron; en nuestro estado de cultura social, política y económica, son los intereses nacionales los que deben preocupar al diputado; todavía no ha llegado el momento de preocuparnos exclusivamente de los intereses regionales, á los que se siente apegado el diputado elegido por la circunscripción.

Señor presidente: creo que aun la misma intromisión oficial que es uno de los grandes vicios que tienen nuestros sistemas electorales, el escrutinio por circunscripción la favorece, porque cuando son menos respetables las fuerzas morales, sociales y políticas que rodean un comicio, es tanto más fácil la intromisión oficial y el fraude de las autoridades, porque naturalmente, el paraje mal poblado ó deshabitado incita más al delito y al desmán; un hombre no piensa ni siente los mismos instintos en un gran camino que en una calle de la capital, á la luz ó á la sombra. Y allí, donde el comicio está rodeado de todos los grandes prestigios que sirven de contralor de las opiniones, me parece que es más difícil la intromisión del poder oficial.

Ahora, respecto de la representación de las minorías por la circunscripción, yo diría que las minorías que pueden ser representadas por la circunscripción, son minorías inconexas, adventicias, porque, sobre todo, la circunscripción pone frente á frente una personalidad local, en contra de otra personalidad local, mientras que el sistema de lista, que propone el señor ministro, puede tener todos los inconvenientes que le conocemos, pero no se puede negar que él pone frente á frente tendencias, causas é ideas.

Recordemos también que la circunscripción fué presentada por una administración que terminaba y rechazada por el gobierno que empezó, como medida de previsión y de conservación.

He dicho varias veces que la lista ha dado entrada en el Congreso argentino á todas las personalidades de prestigio y de representación. ¿Por qué? Porque, como ha dicho Gambetta, el escrutinio de lista, completo ó incompleto, es el escrutinio esencialmente político, permite á los partidos los acuerdos, las

alianzas, las transacciones, todos esos recursos de que puede echar mano una oposición, que no tiene situaciones oficiales pero que tiene personalidad política y moral.

En fin, yo encuentro en el sistema de lista, completa ó incompleta, no sé qué superioridad de origen, no sé qué superioridad de democracia que permite á los partidos contemplar con un propósito de conjunto y vistas generales todas las cuestiones que pueden afectar el porvenir de un país.

Una de las deficiencias principales de la política argentina es la falta de partidos. Los partidos son necesarios; una democracia sin partidos es la instabilidad, es el personalismo arbitrario, y la legislación electoral debe poner todos los medios al alcance del país para promover el nacimiento y organización de grandes fuerzas políticas.

**Sr. Agote**—¿Por qué no se presentan los partidos, he preguntado yo, haciendo extensiva la pregunta al señor ministro del interior?

**Sr. Ayarragaray**—Un momento; no me interrumpa, señor diputado; estoy fatigado.

Los partidos, decía, son necesarios, en toda democracia orgánica, porque ellos son los que dan estabilidad á las ideas de los hombres políticos, los que hacen el juego institucional del gobierno y fijan las responsabilidades del poder. La circunscripción es un fermento de disolución de voluntades, intereses y fuerzas.

Ahora, señor ministro, un poco de política, antes de terminar.

**Sr. Ministro del interior**—Sabe el señor diputado que el gobierno no interviene en política particular.

**Sr. Ayarragaray**—La alta política es función primordial de todos los gobiernos de la tierra.

Creo que los partidos son necesarios, imprescindibles. Creo más: creo que tendremos que ir, tarde ó temprano, al gobierno de partidos.

El gobierno de partido existe en todos los países que tienen civilización política, de Bélgica y Holanda á Estados Unidos. No se concibe un gobierno que no tenga un partido que sustente sus ideas y trabaje por ellas. Sólo en Sud América se suele gobernar con la opinión, que es lo vago, lo abstracto: la



opinión de todos es la opinión de nadie. Si en este país se ha desacreditado el gobierno de partido—y aquí yo me explico la razón de la política iniciada por el señor presidente de la Nación—es porque no hemos hecho siempre según la fórmula de Depretis. «política de partido para el país». Muchas veces se ha hecho política de partido para el partido y algunas, se ha hecho política de partido, para una camarilla de partido. Y dentro de estas prácticas viciosas, desde el momento que un presidente dice: tengo partido, tengo amigos, como un eco lejano de abusos y de escándalos, cree una parte de la opinión pública que un presidente con amigos, es un presidente con *compinchería*, compuesta de grandes ó pequeños piratas que quieren vivir de la corrupción política ó administrativa. En todas partes del mundo los partidos y los hombres políticos luchan con franqueza para llegar al poder, porque el gobierno y la política es acción y es desde el poder que se pueden más fácilmente realizar los programas.

En ninguna parte del mundo, disimulan los partidos sus tendencias; se lucha por llegar al poder, no para cometer abusos sino para realizar ideas.

Hay que dar al partido que llega al poder la acepción noble que tiene en las democracias sanas, donde el abuso tradicional, no ha hecho del nombre «partido oficial», un nombre desdorado.

Porque partido oficial en todas partes es el partido de gobierno; es el partido que ha luchado y ha llegado hasta el poder, no para distribuir prebendas, sino para aplicar su programa.

Si es á los partidos oficiales mal puestos, de malas tendencias cuando repetidamente los ha repudiado el señor ministro, yo lo aplaudo; pero ya estamos en condiciones de que se formen partidos de oposición y de gobierno, en el noble concepto del término, para restablecer en el país, la dinámica política de todos los pueblos cultos.

Bien, señor presidente. He hablado demasiado y me he dejado llevar por la fuerza de mi pensamiento... (*No! No! en las bancas*)... pero recuerdo que decía Pitt que cada vez que tenía un secreto de estado decidía callar, porque cada vez que hablaba en la cámara, sen-

tía la necesidad de decir cuanto tenía en la cabeza.

Hoy pasa mi espíritu por una situación análoga y una corriente de irresistible sinceridad me ha hecho decir todo el fondo de mi pensamiento.

Pongámonos un poco de método en la reforma y no arruinemos toda la constitución electoral argentina desde la base á la cúpula. El voto obligatorio que quizá pase, el voto secreto y la lista incompleta, basta para una jornada. No saltamos á la circunscripción—cualquiera de esas reformas parciales, en Europa se hubiera discutido 10 años, en los diarios y en las reuniones públicas y en el parlamento, antes de sancionarla. Hace diez años que discute Italia el voto obligatorio.

Bastan unas cuantas reformas para que la generación política que nos sucede, corte la mies y recoja el grano de las nuevas ideas.

Votaré la lista incompleta. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos en las bancas y en las galerías.*)

Sr. Calvo.—Pido la palabra.

¡Francamente, el discurso de mi distinguido colega por la Capital, doctor Ayarragaray, me ha dado el gran chasco! (*Risas.*) Principió pegando á diestra y siniestra, convenciéndome de que era un gran contrario de la lista incompleta; nos ha dado toda clase de argumentos en contra; y concluye en una forma que realmente no comprendo. «Cómo amigo del presidente, dice, y se acabó.» Votará por la lista incompleta! (*Risas.*)

Declaro que no están á mi alcance esas teorías. Otras son las mías. ¿Qué es lo que conviene al país, no al señor presidente de la Nación?

Entiendo que con la lista incompleta, recorreremos el mismo camino y llegaremos al mismo fin que con tanta elocuencia ha fustigado el señor ministro del interior. Continuará todavía esa podredumbre que se mantiene... según él, pero no según yo! (*Risas.*)

Voy á considerar la cuestión de un punto de vista práctico, con la simple experiencia de un hombre que ha luchado desde arriba y ha luchado desde abajo casi siempre en la oposición y algunas veces, muy pocas, en las situaciones, en lo alto.

Considero estos inmensos distritos una verdadera tentación para los gobiernos

Consideremos, por ejemplo, la provincia de Buenos Aires.

Un candidato que surge en Bahía Blanca es completamente anónimo para la Magdalena, para el Azul, para San Nicolás, etc. Entonces, señor, lo que ocurre es buscar alguna gran fuerza para mover esa inmensa mole, esto es, el cuerpo electoral tan diseminado. Y esa fuerza se compone—y como yo no quiero ser personal, declaro que me refiero aquí á todas las provincias—esa fuerza la compone el Gran elector.

¿Quién es el Gran elector? El que tiene las policías y las municipalidades. ¿Qué sucede entonces? Que desde mucho tiempo atrás, como decía el señor diputado, sabemos con anticipación quiénes, más ó menos, son los que van á venir, quiénes van á resultar electos! (*Risas*), y sucede también que cuanto más decente, cuanto más caballero sea el candidato, mayor consecuencia tiene que observar con aquella fuerza poderosa.

Quiere decir, entonces, que las inspiraciones del gobernador son las que vienen á tener más fuerza aquí, á pesar de todas las teorías que hemos oído de que el diputado por el distrito es un diputado de la nación, y no de tal ó cual provincia. En la práctica... ¡equivocación profunda! se forma el block y ¡señor! las inspiraciones vienen de allá, de la provincia en donde son electos.

Esto lo sabemos todos, no es un misterio ni es un secreto. (*Risas.*)

Bien, pues, mi voto será por las circunscripciones, que creo un molde mejor para forjar diputados.

En Inglaterra este sistema, es cierto, llegó á estar muy podrido, enteramente podrido á principios del siglo pasado. Había circunscripción en que sólo votaban tres personas: el dueño de casa, el sirviente y el panadero que tenía á la vuelta. (*Risas.*) Sin embargo, á los ingleses no se les ocurrió que el sistema debía de cambiarse por eso. No, señor. Lo que hicieron fué modificarlo. Entonces tuvo lugar la nueva distribución de distritos en otra forma equitativa, y la dificultad se allanó.

Ahora, refiriéndome á las leyes pasadas, por circunscripción, que parecen tan malas para algunos, diré que, sin embargo llegó á votar en ellas el 80 por ciento del electorado.

En cada circunscripción había cuatro ó cinco candidatos, cada cual luchaba para sí. Tan es así, que perdí mi primera elección por muy pocos votos. ¡Con tanto entusiasmo se votó, que me consta sufragaron doce muertos en mi contra! (*Grandes risas y aplausos*)... y perdí la elección. Pero tengo que decir con verdad que la cámara ganó, porque mi contrario era más útil que yo. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

¿Y esta cuestión de partidos de que oigo hablar tanto? Creo que van á hacer como dice mi distinguido colega que acaba de hablar, que ha comparado á nuestro presidente con Alfonso XII. ¡Ya nos estamos haciendo monárquicos! (*Risas.*) Aquí, señor presidente, á fuerza de soplidos, no se hace un partido. No nos vamos á insultar, no nos vamos á ofender, porque uno se llama Blanco y el otro Negro; eso ya pasó; la inteligencia argentina es superior á todo eso. Tenemos que pensar en otros ideales. ¡Y estas artificialidades de cómo se van á hacer esas minorías!

Desde el año 53 hubo partidos de pasiones, y pasiones fuertes, que son las que debe haber en los hombres; los partidos y las pasiones localistas, como eran los separatistas de Buenos Aires contra el resto de la República, que recién el año 80 se vinieron á apaciguar. En esa época los hombres peleaban, es cierto; en los atrios había toda clase de fraudes; demasiado bien lo sé. Yo he nacido en el extranjero, señor, debido á las pasiones de esa época. Tres veces en un mes quisieron asesinar á mi padre. No por eso aflojó. (*Risas.*) Esos partidos, hoy, no tienen razón de ser; hay que hacerlos nuevos. No los vamos á hacer con estas minorías artificiales, que yo no sé cómo explicar esto dentro de la Constitución, porque no soy cateático. Estoy esperando que hable mi distinguido colega al respecto, para convencerme cómo una minoría entrará á pluralidad de votos. Yo he estado tratando de todas maneras de convencerme; no lo he podido, como no lo han podido tampoco el señor ministro ni mi distinguido colega el doctor Cárcano.

Un ejemplo: hay un partido ó un grupo de hombres al que se le da la gana, en la Capital, de presentar once candidatos; sufragan cincuenta mil

hombres en su favor y una minoría que se presenta saca diez mil votos. El gobierno puede decir: señor, voy á tomar en cuenta ocho de los que han obtenido cincuenta mil votos, y los tres restantes los adjudicaré á los que han obtenido diez mil votos?

Yo no sé cómo va á explicar en la Corte suprema ó donde sea la constitucionalidad de esa pluralidad de votos. ¿Hay cuarenta mil de diferencia! (Risas.)

Ya no es cuestión de que la cámara resuelva sobre la legalidad de las elecciones; es cuestión de que la Corte suprema falle sobre su constitucionalidad.

No voy á entrar en teorías constitucionales, porque, como lo digo, hay muchos catedráticos que lo harán.

He oído mucha retórica; pero, repito, no me han convencido.

Y para concluir, voy á contar un cuentito (Risas) que nunca olvidé y que he leído en un libro inglés.

Un joven universitario que había sacado mención honorífica en retórica y lógica, llega á su casa—honorables comerciantes sus padres. Estaban comiendo, y se sirve un pollo á la mesa. Dice el hijo: mira, papá, te voy á probar que este pollo son dos.—Bueno, mi hijo, dice el padre; mientras tu madre y yo comamos este, tú comerás el otro. ¡Ese, señor presidente, es el pollo que va á comer la minoría! (Risas y aplausos prolongados en las bancas y en la barra.)

Con este cuentito, señor presidente, dejo por concluida mi exposición, hasta más adelante, donde podré decir algo más.

**Sr. López Mañán**—Pido la palabra.

Me ha de permitir la cámara fundar mi voto en el problema que tiene á su resolución, considerándolo de los puntos de vista modestos que mi capacidad me permite, ya que no puedo aspirar á contrarrestar la influencia de los que han emitido su opinión en contra del sistema de la lista incompleta, ni á reforzar el prestigio de las opiniones que se han aducido á su favor.

Yo creo, señor presidente, que después de la sanción del Congreso recaída sobre el nuevo empadronamiento, con la serie de prescripciones que en él se contienen y de la forma seria, circumspecta y correcta como esa ley se está

aplicando en la República para sus fines electorales; que dada la forma como viene concebida la ley que ha entrado á discusión en la cámara, las garantías que ella ofrece, y, por encima de todas estas circunstancias objetivas, llamémoslas así, la voluntad dominante en las esferas del gobierno, en el Poder ejecutivo y en este Congreso, creo, digo, que nos aproximamos á una prueba, á un verdadero experimento, de la mayor importancia y del mayor interés.

Es la primera vez, señor presidente, que en un programa de gobierno se inscribe el mejoramiento electoral como acápite primero y que el magistrado que ha avanzado ese compromiso ante la opinión pública pone en su realización todo el empeño de su entusiasmo, de su hidalguía y de su valor. Y si esto pasa, creo que es de nuestro deber ocuparnos, con un concepto un tanto práctico, de qué es lo que nos va á dar el sufragio? Porque es evidente que vamos á tener, en una fecha bastante próxima, comicios que funcionarán fuera de todas nuestras reglas conocidas, en los cuales la experiencia adquirida no nos va á servir para apreciar los efectos que puedan llegar á producir esos comicios.

Yo sé, señor presidente, que se objeta que no hay el tiempo necesario; pero es evidente que sólo computando las ciudades de la República, que reúnen casi la mitad de su población, vamos á tener comicios que realizarán en una proporción muy considerable la pureza electoral la eficacia del voto como expresión de voluntad colectiva. Entonces, me parece que todos los recursos de la previsión humana merecen ser empleados para escoger, lo más sagazmente posible, los resortes que estén en manos del Poder legislativo, á fin de no dar un paso de que pudiéramos arrepentirnos; de no sembrar, imprudentemente, semillas que fuera muy doloroso ó muy costoso, arrancar después del malezal que hoy nos empeñamos por extirpar en el campo de nuestra incultura política.

Y ante esta pregunta, de qué es lo que nos van á dar los comicios, cuál va á ser la materia que se vaciará en los moldes que hoy nos preocupamos de preparar con la mayor perfección posible, creo que el deber elemental es el hacer un balance somero del producto que hemos obtenido hasta ahora, para

juzgar si él ofrece condiciones tales que nos permitan esperar la posibilidad de obrar sobre él para mejorarla, para aumentar su titulación, y, si eso no fuera posible obtener, para cambiar completamente de sistema, escogitando el que más garantías de eficacia presente.

Es un hecho evidente en el espectáculo del país, que los partidos políticos no existen; y esta constatación, que casi unánimemente se acepta, implica ya una contradicción para los partidarios del sistema de la lista incompleta, desde que él es el instrumento por excelencia del gobierno de mayoría, y falta el antecedente que ha de manejar ese instrumento: el partido.

Comprendo que estos asuntos no se discuten dentro del terreno de la lógica pura, y así, no es raro ver que los partidarios de la lista completa, frente á la constatación hecha por ellos de que los partidos no existen, sostengan sin el menor reparo que los partidos no son necesarios, que el país está viviendo sin partidos, y que acaso conviene al país que los partidos no existan.

Este es un problema básico y previo dentro de la organización de las ideas que me llevan á fundar mi voto; porque si los partidos no son necesarios ni útiles, tienen plenamente la razón los que prefieren el sistema que ha tenido la virtud de destruirlos y que es de absoluta eficacia para impedir que se formen.

Si, por el contrario, nuestra premisa es—como en mi caso—que los partidos son necesarios é imprescindibles,—que son una prueba de perfeccionamiento institucional, de organización democrática y de aptitud para la vida pública y administrativa, que no podemos invocar por desgracia,—será menester escoger el instrumento legislativo que sea más capaz de consolidarlos, si existen, ó de fomentarlos, si no existen.

De este punto de vista, quién sabe si la misma no existencia de partidos puede sostenerse, si por partidos ha de entenderse masas de opinión con ideas, con sentimientos ó con afectos siquiera, que las diferencien. A lo que llamamos nosotros inexistencia de partidos, es á la inestabilidad de las masas de opinión, á su estado permanente de desagregación, á su recomposición esporádica y

frecuentemente subalterna, y es de este punto de vista, señor presidente, de donde más se siente la necesidad de la existencia de partidos y de tentar recursos para llamarlos al terreno de la vida pública.

Porque el gobierno es obra de coordinación, de lógica, de consecuencia de la acción de hoy con la acción de ayer, por lo menos en los períodos normales, es decir, en lo que va de unos cambios fundamentales á otros cambios fundamentales. Esta necesaria é imprescindible coordinación y consecuencia la buscan y alcanzan desde luego las instituciones sancionadas,—desde la Constitución hasta los decretos reglamentarios,—pero está fundamentalmente y de un modo principal condicionada por los hombres que las aplican. El derecho, la regla general, fijan amplios senderos dentro de los cuales caben las acciones más diversas y hasta contradictorias, acciones que se suman ó acciones que se neutralizan; y es de los hombres la tarea de fijar, dentro de esas grandes líneas, el rumbo preciso; de hacer que esas acciones concuerden, se sumen,—afirmando, consolidando, desarrollando un determinado sistema ó un determinado método de gobierno.

Es raro, señor presidente, que dentro de esta evidente premisa de todo país organizado, se sostenga aun la ventaja ó la posibilidad de que no haya partidos: basta pensar lo que acontecería si la Constitución, si los códigos, mudasen con frecuencia las líneas fundamentales; si los decretos, las leyes reglamentarias, cambiaran con frecuencia las normas de la actividad social; y sólo me explico que pueda sostenerse que los hombres pueden variar,—llevando en ellos tal vez la contradicción, la negación, los de hoy, de la obra de los de ayer, llevando la demolición,—porque felizmente, en la República, la coincidencia de los criterios individuales en los grandes problemas nacionales no ha presentado todavía el espectáculo de la ruina, de la anarquía y del desorden. Pero la crisis que no se ha producido en muchos años puede presentarse mañana, y aunque no nos avoquemos á períodos de crisis, es evidente que dentro de la marcha normal de la sociedad, dentro de nuestra actualidad y nuestro reciente pasado político é histórico, se

siente la grave falla de la ausencia de partidos en el terreno vívido de la administración y la política; se la siente, señor, en la acción menuda, en la acción de detalle, en la acción circunstanciada y diaria de la vida administrativa, aquella donde se establece el contacto del espíritu que anima el derecho y la masa social á que se aplica.

Puedo demostrar y dar ejemplos de esto en la administración y en este mismo Congreso; pero economizaré á la cámara esta clase prolija de enunciaciones.

Me basta constatar una circunstancia que la revela, y es la sustitución en materia de gobierno—es decir, de administración, de dirección, de ejecución y de práctica—de las condiciones y de las tendencias políticas de los ciudadanos, como actores ó artifices de una determinada acción, por las condiciones personales. Aquí no nos preguntamos—porque no es nuestro hábito, porque no nos hemos dedicado á la tarea de hacerlo, y á propósito de actos de gobierno, de sistemas de gobierno y de períodos de gobierno—si los hombres son conservadores ó progresistas, si son liberales ó reaccionarios, desde que el gobierno requiere conservadores ó progresistas, liberales ó reaccionarios, libre cambistas ó partidarios de la protección, no! Nos preguntamos si son inteligentes, si son honorables, si son caballeros, si son oradores y otra serie de condiciones exclusivamente personales.

Y paralelamente á lo que sucede con los hombres ocurre también, por la ausencia de partidos, con el patrón de la opinión pública, que, no habiendo partidos que la expresen, no tiene absolutamente, en nuestro medio, el órgano por el cual debiera hacerse sentir, desde que la opinión pública sólo se mide y se pondera por los partidos en que se agrupan los individuos que sienten las mismas necesidades ó agravios ó anhelos. Y es por eso que como sucedáneo de la opinión pública nos vamos valiendo, mientras la vida del país corre, de las inspiraciones de la prensa, efímeras, en cuanto son formas de un movimiento espontáneo, de una determinada tendencia ó de un determinado sistema de ideas; pero no bastantes para orientar á los poderes.

Y es así, señor presidente, como va-

mos viviendo de ficciones en cierta medida, sin la garantía que para todo país comporta la existencia de partidos, de hombres con opiniones disciplinadas, con tendencias conocidas, firmes, estables y duraderas,—garantía esencial para todo país que vive y que va adelante, que sólo se adquiere practicando la tarea del gobierno, porque, según la frase de Lieber, la aptitud del gobierno sólo se adquiere practicando el gobierno, como el artesano adquiere su capacidad en la práctica de su oficio. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Y en los pueblos, tanto para las funciones del gobierno como para las funciones de la guerra, esas aptitudes necesitan cultivarse de antemano: ordenar sus fuerzas, educarlas, orientarlas en la medida que el progreso del país lo permita. Y en uno y en otro terreno, es fácil que la vista se engañe con el simulacro del ciudadano, lo mismo que con el simulacro del soldado. En la vida ordinaria, en la bonanza, la sola gravitación de las instituciones basta para salvar la normalidad del movimiento, y así como un motín ó una huelga no ponen á prueba la capacidad de los soldados, tampoco puede decirse que un país tenga una suficiente democracia, porque haya salvado de algunas incidencias políticas con ciudadanos mal preparados, porque sólo en las grandes crisis institucionales, como en la guerra de nación á nación, es donde recién se recoge el fruto de la educación anterior y el resultado puede ser como el que acaba de presentar al mundo Inglaterra, consumando sin violencia una de sus más graves revoluciones institucionales, ó como el que dió Francia en 1870. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Si es apotegmático, pues, señor presidente, que la formación de los partidos constituye la necesidad primordial de nuestra República en su hora actual, es necesario, para el diputado que habla, —premisa suficiente, á su modo de ver, para plantear el problema y dar una base segura para su resolución,— es necesario, digo, que nos preguntemos cuál de los sistemas que se disputan las simpatías de la cámara, es capaz de consolidar los partidos existentes; de convocarlos, si no existen; de asegurarles su desarrollo y su perfeccionamiento. Y si uno, dos ó los tres sistemas son ca-

paces de suscitar la vida de partido, es necesario que nos preguntemos, más allá aún, cuál de ellos es capaz de darnos un fruto más puro, más útil á la República, más orgánico, más apto para estimular, siquiera para no detener, las fuerzas orgánicas, sociales, económicas, etc., que lleven á este país hacia adelante, á despecho de los errores de nuestras faltas. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

De este punto de vista y en mi modestísima opinión, el sistema de lista completa no puede ser de ninguna manera propiciado. El, es verdad, ha acompañado al país, nos ha acompañado, en las caídas como en nuestras culminaciones también durante más de medio siglo. Este sistema ha funcionado, podría decirse, bajo la presión de todos los ambientes, sea en las borrascas de nuestras luchas por la organización nacional, sea en el sueño letal en que, más que dormidas, parecían muertas las energías cívicas del pueblo argentino. Atribuir al sistema de lista, como su obra, los progresos del país, es incurrir, es caer en una verdadera superchería, porque se comete un error fundamental de lógica, atribuyendo una relación de causa á efecto á un hecho, cuando más neutro, por ser concomitante su presencia con la producción de otros hechos.

Las instituciones más absurdas, más extravagantes, han acompañado, muchas veces, á los progresos de los pueblos sin influir en su desarrollo, poco ni mucho, por lo mismo que no los estorbaban. Podría citar, como ejemplo, los burgos podridos, que no han labrado, sin duda, la capacidad política del pueblo inglés, y esto es lo que pasa con nuestro sistema tradicional de lista frente al progreso argentino. El ha sido una especie de manto encubridor de nuestras peores subversiones institucionales, y si, históricamente, puede explicarse y aún puede justificarse que al pueblo se le haya expropiado su derecho de constituir las autoridades, por la fuerza que nos sacaba del atraso.— hoy en vano se buscarían razones para sostener su permanencia, cuando ya no es más que una máscara para ocultar la miseria moral, muchas veces, de oligarquías sin bandera.

Pero ya que es mejor no tocar el pasado, y patriótico no analizar el presen-

te,—para el futuro, puedo afirmar que el sistema de la lista completa es manifestamente incapaz de provocar y sostener la vida de los partidos. Basta citar el espectáculo de la formación de los partidos, tanto en el orden nacional como en el orden local, donde nacen y mueren con la fugacidad de los nublados en la zona tropical. ¿Por qué? En primer lugar porque yacen en la tumba la mayoría de los hombres públicos argentinos que han sido capaces de entretejer la apariencia de una vida en los partidos, ligando á los hombres con su prestigio. Y esto no tanto porque hayan muerto, cuanto porque la población creciente del país y su mayor cultura, han hecho imposible el prestigio universal de una sola persona, sólo posible á base de operar en un campo reducido. (*¡Muy bien!*)

Porque, en segundo lugar, contemporáneamente á la desaparición de los hombres exponentes, los progresos de la riqueza pública y de la riqueza privada, el incremento extraordinario y desproporcionado del poder central sobre los poderes de provincia, etc., han hecho que desaparezcan las banderías que han dividido la familia argentina bajo divisas como la de provincianos y porteños, federales y unitarios; y porque, lo que es más triste todavía, desaparecidas esas grandes fuerzas de acción, esos elementos efectivos que son los que mueven á los hombres: «los sentimientos mueven al hombre», dice Ribot—ha quedado actuando en la hora contemporánea algo que es, dijéramos, como la parte menos pura del contenido de una fuente que se ha vaciado, la borra del elemento afectivo, el subalterno personalismo, subalterno por sus formas de sensualidad, llámese interés ó llámese ambición, apenas disimulado, en nuestros grupos políticos, por la presencia de un núcleo más ó menos pequeño de hombres de buena fe, ó de ideales inscriptos en la bandera de los partidos, y realmente sentidos; pero que, como las flores que se ponen en los estandartes en los días de la fiesta, están marchitas al día siguiente y secas la semana después. hasta que la primera racha de la primera contrariedad las avienta. (*¡Muy bien!*)

Pero, señor presidente, el sistema de lista, en la actualidad de la República.

es manifestamente incapaz de fundar la vida de los partidos, porque ha llevado la lucha de intereses á un tal terreno y la ha planteado y establecido bajo formas tan rígidas, que no hay oficialismo capaz de hacer una obra progresiva y seria, ni hay oposición capaz de perdurar el tiempo suficiente para escalar las alturas del poder,—debido al sistema de la victoria absoluta, definitiva y completa del primero y de la total y perseverante derrota del adversario opositor, que crea en éste la fatiga, el desencanto, el desabrimiento y, lo que es tan humano, hasta la abstención del gasto electoral y que crea, por el otro lado, con la irresponsabilidad asegurada al vencedor, la ponzoña, el virus, de la pasión egoísta, de las ambiciones irrefrenadas, que le llevan fatalmente á la descomposición, porque no hay disciplina donde no hay un enemigo al frente. (*¡Muy bien!*)

Esta es la obra clara, segura, innegable del sistema de lista completa, del sistema del triunfo absoluto, que nos hemos habituado á practicar como quien adquiere una segunda naturaleza.

Es él, señor presidente, el que ha hecho que la vida electoral argentina caiga en unas pocas manos, el que ha hecho que se adueñen de ellas las artes de la astucia, de la violencia, del fraude y, muchas veces, hasta de la fuerza! ¿Por qué? Porque la vida electoral, fundamentalmente, eficazmente, sólo radica en manos de los gobiernos de provincia ó de sus oficialismos, muchas veces en transacción con grupos de individualidades que se han arrastrado lo bastante para recogerla. Porque la vida política argentina, otrora tumultuosa, desordenada, pero fecunda, ha ido á menos día á día por extinción, por descamamiento, de las fuentes que la alimentaban, gracias á nuestros regímenes electorales y á la práctica de instituciones calculadas ó desviadas sistemáticamente para disminuirla; y porque la vida cívica argentina, á la manera de los ríos de nuestra provincia natal en las épocas de invierno, no es hoy más que un cauce; un cauce donde antes corrieron las masas fecundas y reventadas que abrieron los rumbos originarios á través de los obstáculos y vencidos; un cauce donde hoy sólo se ven, aprisionadas entre altas barrancas,

las piedras estériles y secas que arrastró la corriente, simulando todavía con sus lomos romos y ondulantes, la vena de otros tiempos, que ya ha ido á sedimentar sus limos útiles muy lejos; y, gracias á Dios, si hoy la ciencia del gobierno, como la de la hidráulica, nos permite asegurar á los pobladores de la hora actual, como á los de las riberas sedientas de los cauces aquellos, que bajo de esas piedras estériles é inútiles, muchos metros abajo, corren todavía frescas y cristalinas las aguas de la fuente originaria, del alma argentina, que no se ha secado, que no podía secarse,—y que es tarea nuestra, de nuestras manos, iluminadas por la previsión y alentadas por la esperanza, poner en sitio oportuno el dique que las aflore á la superficie y las haga derivar como un riego sobre las instituciones que languidecen! (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos en las bancas y en las galerías.*)

Señor presidente: contra las objeciones que surgen de este cuadro genuinamente argentino—que todos tenemos delante de los ojos—contra el sistema de lista, se nos ofrece como una transacción, como una atenuación, el sistema del voto uninominal ó de las circunscripciones.

Yo diría, señor presidente, parodiando una frase hecha célebre en el parlamento francés, que ya no son más los Curacios contra los Horacios los que van á disputar hasta exterminarse, la suerte de Roma y Albalonga; sino que son dueños singulares de la Edad Media los que, después de dejar tendidos á sus adversarios en el campo de la respectiva circunscripción, van á reunirse aquí á deliberar sobre la suerte de la República.

Porque esto es lo que da una perfecta unidad y coherencia á toda nuestra historia electoral: el sistema de lista, como el sistema de la circunscripción, significan el triunfo absoluto, sin atenuación ninguna, de uno contra uno ó de un grupo contra otro grupo.

Se dice, señor, que la circunscripción puede hacer abrigar la esperanza de que en uno, en dos ó más casos triunfe una voluntad, una inspiración, distinta de la mayoría; pero eso sería de sostenerse en un terreno puramente teórico. no cuando se trata de legislar para un pueblo, que es un caso práctico. Porque

entre nosotros no ha sido planteada, y quién sabe cuanto tiempo pasará hasta que consigamos que en otro terreno se plantee, no ha sido planteada la lucha entre grupos de opinión que se disputen el triunfo en el comicio. Ha estado planteada, netamente, y queda planteada todavía, entre los oficialismos y las oposiciones: los oficialismos á quienes les interesa ser mayoría en los resultados del comicio solamente; la oposición, condenada por ese mismo resultado, que fabrica el primero, á ser una minoría irremediable y eterna. Porque la lucha, como la ha caracterizado perfectamente el señor ministro del interior, se inspira en un sentimiento de «posesión», posesión que, según la teoría de Von Ihering, es el simulacro de la propiedad,—y es así como se defiende esa posesión, como lo autoriza el código civil nuestro, es decir, invocando que se posee porque se posee y disponiéndose el poseedor á hacer uso de la fuerza para impedir que nadie comparta su posesión, por viciosa que sea.

Este es, á mi modo de ver, señor presidente, el obstáculo que hay que remover en nuestras luchas electorales, y es por eso que, en mi modesta cooperación de legislador, adhiero al sistema que busca suscitar los partidos, porque creo que éstos son los únicos capaces de romper ese anillo de hierro en beneficio del país. No ha de ser obra de la autoridad nacional ni de la revolución: ha de ser la obra de los partidos políticos, únicos que pueden realizarla, para ocupar el sitio que defiende ese obstáculo, con la fuerza de opinión necesaria para conservarlo con provecho para el progreso.

Pero, aun cuando nos decidiéramos á asirnos á la débil esperanza que ofrece el sistema de circunscripción: el triunfo eventual, problemático de una ó más disidencias sobre la mayoría, hay por lo menos el peligro de que por esa puerta lleguen á este congreso hombres que no sean la exponencia de ideas, de convicciones ó de afectos partidarios (y uno bastaría para desacreditar el sistema), sino productos de otra imposición tal vez tan nefasta como la que combatimos, posiblemente más repugnante que ella: los de la imposición del egotismo, de la autocracia, sea ella del dinero, de campanario ó de la industria.

Y creo que basta que pueda filtrarse uno solo de esos microbios para que todo el cuerpo se infecte.

Aparte de eso, señor presidente, el sistema de la circunscripción, parece matemáticamente calculado para destruir los partidos. Si existieran, sería impolítico é imprudente escogerlo. Si no existen, sería funesto un sistema que no es capaz de producirlos.

Además diré, señor presidente, muy de paso, que á mi entender es antagónico á la interpretación política é histórica de nuestra Constitución. Y digo así, porque por más que se torture el texto constitucional, para probar que, gramaticalmente, dicho sistema puede caber dentro de su letra, yo creo que esa interpretación no es la que coincide con la interpretación histórica de nuestra carta fundamental.

Nuestra Constitución no ha reconocido, al constituir los poderes, y esta cámara especialmente, otro antecedente que el pueblo. Así lo dice expresamente, (salvo la excepción del Senado) por cuanto su economía está basada en el ciudadano, en la población, en el elemento humano.

Ella se ha apartado voluntariamente de los modelos, nacionales y extranjeros, que daban al Congreso una cierta representación de clases, de creencias, de intereses, de títulos ó de gremios, y no ha dado representación, directa ó indirecta, sino á los hombres, á la población: no la ha dado á los comerciantes, ni á los industriales, ni á los terratenientes, ni á los militares, ni á los sacerdotes. Y yo pregunto á los partidarios de la circunscripción, si este sistema, en los países donde más afectos cuenta, en los países donde se le ha aplicado, procurando algún resultado práctico, no es porque la circunscripción era propia para traer á la cámara de los comunes, por ejemplo, miembros de la nobleza, por los condados donde tenían mayoría, ó representantes genuinos de las ciudades manufactureras; ó, como sucede en Francia, para permitir que lleguen á la cámara, por los «arrondissements» donde priman determinadas creencias ó exclusivamente una industria, representantes genuinos de esas creencias, industrias ó intereses regionales.

Y hasta señalar estos antecedentes.

me parece, para demostrar que el régimen de la circunscripción no es el medio más adecuado para reflejar el pueblo, la ciudadanía, que quiere nuestra Constitución.

Estas consideraciones me han llevado a apartarme de estos sistemas é inclinarme mi opinión, mi modestísima opinión, por el sistema de lista incompleta, no por un proceso de eliminación, que suele ser falaz, sino porque obran, en mi entender, en favor de la lista incompleta, razones positivas, hechos de afirmación, que consultan lo que es la exigencia imperiosa y fundamental de la obra presente de nuestra evolución.

Desde luego, la lista incompleta me parece que no sólo es hoy un sistema electoral, sino un verdadero «temperamento», en el sentido que dan á este vocablo los escritores de ciencias políticas.

Los problemas de legislación no son problemas de aritmética ó de lógica, sino son situaciones, creaciones, momentos de equilibrio, en que la probabilidad de hacer lo mejor posible es el ideal y es la meta á que debe procurarse llegar.

De este punto de vista, como temperamento, me voy á permitir señalar, ocupando breves momentos más la atención de esta cámara, las ventajas de la lista incompleta.

Uno de los defectos de los sistemas históricos anteriores ha sido el de cerrar definitivamente el camino á un crecido número, por lo menos á un respetable número, de personalidades, que hallaban demasiado estrecho el camino á seguir para llegar á las posiciones directivas. Si uno vuelve la vista, cuenta la falange de los abstenidos por razón del orgullo de la propia suficiencia, por razón de un sentimiento huraño, si se quiere, de altivez un tanto exagerada, falange de la que se han desprendido uno, algunos, á veces un grupo. ¿Por qué? Porque han sido llamados por el que ejercía el poder ó individualmente ó en grupos, por el arreglo, la transacción, no siempre correctos.

El carácter ha sido castigado así, implacablemente, se puede decir, en nuestro país, por el sistema de la lista; el carácter del que no transige, del que cree que no ha menester que lo lleven, que tiene el derecho de llegar, á título propio, al desempeño de una función pública, que es el pago de un tributo á los

intereses de su país. A esos hombres hay que abrirles el camino, hay que abrirles la puerta grande, con este recurso de la lista incompleta, que tiene así un valor educativo, porque viene á permitir cultivar el carácter argentino, que es tal vez, señor presidente, entre todas las cualidades morales que adornan á nuestra raza, la que más se necesita cuidar con esmero, estimulándolo, vigorizándolo. ¡Muy bien! ¡Muy bien!

Pero, el sistema de lista incompleta tiene también otra gran ventaja dentro de su economía imperfecta—porque soy el primero en reconocer que efectivamente tiene imperfecciones—tiene la ventaja de ser un recurso político, es decir, un medio de gobierno. Podrán hacérsele objeciones teóricas en este terreno, como las que he oído fundar por parte de los que tienen simpatías por el régimen de la proporcionalidad, —y citaré especialmente la opinión de mi distinguido colega el señor diputado Cárcano, que parece afirmar con la autoridad de su palabra, de su información, esas opiniones,—cuando dicen que ese sistema traduce la característica de la hora actual en los países civilizados, —que practican el gobierno de coalición, á que él se refería—y que por tanto el sistema más perfecto es aquel que traduce en la medida de lo posible, dentro del Congreso, la forma en que está dividida la opinión en la masa electoral del país.

Esto será, señor presidente, una verdad, una analogía, física ó aritmética (la conocida figura del espejo, en que la Nación se retrata, es una analogía física, el vocablo «cuociente», incorporado al tecnicismo electoral, responde á una analogía matemática); pero me parece que no es un verdad histórica, una verdad política. ¿Por qué? Me voy á permitir aventurar otra vez una cierta interpretación de la Constitución. Creo que la opinión científica dominante en el espíritu de los autores de nuestra Constitución, no ha sido este deseo de que la opinión se traduzca en el Congreso como puede traducirse, digamos, lo grabado en un cilindro por la bocina. Nuestro Congreso, á diferencia de la mayoría de los conocidos, no se renueva totalmente; el Senado se renueva por tercenas partes cada tres años y por mitad cada dos años esta cámara. Lo que han

querido con eso los constituyentes, es que al propio tiempo que la opinión se traduzca en la renovación del Congreso en una determinada proporción, tenga el Congreso una cierta virtualidad, una cierta personalidad moral, que perdure, que se fije y transmita, aunque se modifique recibiendo la contribución de la opinión pública en cada contienda electoral.

Los intérpretes que buscan traducir en un momento dado en el Congreso la opinión en todos los matices que tiene, olvidan el elemento conservador que la Constitución ha querido inocular en el Congreso, respondiendo, en mi sentir, á una tesis científica...

**Sr. Ministro del interior**—Es la explicación de Story; en esa gran autoridad puede fundarse el señor diputado.

**Sr. López Mañán**—Agradezco al señor ministro.

Hay que atribuir, decía, á los constituyentes, la adhesión á determinada teoría política, la aceptación del principio de ciencia política según el que no puede gobernarse sin un Congreso que tenga afinidad con los otros poderes del Estado, cierto rasgo de parentesco, de filiación, de afecto, con el Poder ejecutivo, especialmente,—y al buscarlo, por el medio que he indicado, los constituyentes habrían querido á la vez reemplazar dentro de nuestro sistema la ausencia del elemento personal conservador del modelo inglés: de la estabilidad gubernativa que imprime la monarquía.

Era el caso de dar personalidad á la institución misma, desde que no hay la corporización, encarnación de principio alguno. Por eso, yo digo que estos sistemas de traducción pasiva de la opinión heterogénea por el Congreso adolecen del defecto de no responder á una justa interpretación histórica, práctica, como quiera llamársela, de la carta fundamental.

Aparte de esto, la observación del señor diputado Cárcano, tan profunda, me ha hecho meditar mucho, y yo me he dicho: tal vez hay de parte del señor diputado, estando en lo cierto, un error de localización. Puede ser que el gobierno de coalición no sea un estado transitorio,—yo no lo creo definitivo,—y sea la característica del momento actual; pero las coaliciones se hacen en

tre las agrupaciones que han llegado al parlamento, lo que supone que en la masa electoral debe haber partidos,—chicos, grandes, desproporcionados,—que lleven sus representantes al parlamento. Mas como nosotros no tenemos partidos, nuestro problema es el de formarlos y para esto es más eficaz el sistema de la lista incompleta; después vendrán los sistemas proporcionales y el gobierno de coalición, si aun dura la necesidad que lo ha creado.

Vamos á hacer tal vez las coaliciones en un momento más oportuno: antes del comicio, y el sistema de la lista incompleta tendrá entre nosotros la ventaja de estimular á los partidos, de obligarlos, á buscar sus grandes líneas de coincidencia antes de comprometer por detalles el veredicto de las urnas.

Lo que necesitamos buscar es el elemento que pegue los elementos del cuerpo electoral, no una piqueta que los separe.

Hechas las coaliciones y llegadas á la cámara, vendrán con el sello del pueblo.

Me parece, señor presidente, que si estas razones de orden científico ó lógico, no bastasen para que mis honorables colegas hallen justificada mi opción por el sistema de la lista incompleta, puedo invocar todavía como una razón más en defensa de ella su propia imperfección,—esa imperfección que tanto se le ha afeado,—diciendo que es más conforme con la naturaleza: *natura non facit saltus*.

Yo digo: la lista completa en la forma en que la hemos practicado, históricamente interpretada. ¿Cómo ha funcionado?—Ha permitido que las clases directivas argentinas, la clase ilustrada, consciente de sus destinos, experimentando la necesidad imprescindible del salvar al país de los peligros de la desorganización, por un movimiento natural, biológico,—llegara á ocupar la situación del pueblo, desalojado de su función electiva porque era incapaz de tomar las riendas de su gobierno y dirección.

Y si este proceso ha sido histórico y normal; por qué es que en el momento presente la lista completa está á prueba? ¿Por qué se sienten sus defectos? ¿Por qué hay la sensación de un peligro que es necesario conjurar, apelan-



do á uno de esos movimientos de conservación, que toca á veces en la abnegación misma; y nosotros nos estamos despojando de algo que es como nuestro, para salvar lo más, y para dar entrada á algo?

Porque las clases dirigentes argentinas se han ensanchado extraordinariamente.

**Sr. Lavié**—Parece que el señor diputado está fatigado; podríamos pasar á cuarto intermedio.

**Sr. Presidente**—Mientras descansa un momento el señor diputado, se dará lectura á un mensaje del Poder ejecutivo que acaba de llegar.

4

## ENROLAMIENTO GENERAL

Capital federal, noviembre de 1911.

Al honorable Congreso de la Nación.

El Poder ejecutivo tiene el honor de someter á la consideración de vuestra honorabilidad el adjunto proyecto de ley, modificando el artículo 2.º de la ley 8129 de enrolamiento general en la parte referente al término que se fija para que se lleve á cabo esta operación.

El mencionado artículo establece que el enrolamiento general en el territorio de la República se hará dentro de los cuatro meses de la promulgación de la ley, pero los informes recibidos de los comandos de las regiones militares y de algunos gobernadores de provincia y territorios nacionales, ponen de manifiesto las dificultades con que tropiezan los ciudadanos de la campaña para dar cumplimiento á esta ley á consecuencia de los largos trayectos que se ven obligados á recorrer para concurrir á las oficinas enroladoras, por cuya causa, existen en la fecha un buen número sin haberse enrolado aún; por otra parte, debiendo muy en breve darse principio á las tareas agrícolas y ganaderas y para cuyas faenas necesitan los ciudadanos, que en ellas tomen parte, poseer su libreta de enrolamiento á los efectos de la identificación personal, se hace necesario que estos ciudadanos se munan de este requisito indispensable para que puedan obtener trabajo; y dados los propósitos que se enumeran en el adjunto proyecto de ley y el poco tiempo que queda para dar por terminado el enrolamiento general, el Poder ejecutivo espera de vuestra honorabilidad quiera concederle su preferente despacho.

A este efecto, el Poder ejecutivo ha resuelto incluir este asunto en la prórroga.

Dios guarde á vuestra honorabilidad.

ROQUE SÁENZ PEÑA.

G. VÉLEZ.

## PROYECTO DE LEY

El Senado y Cámara de diputados, etc.

Artículo 1.º Modifícase el artículo 2.º de la ley 8129 de enrolamiento general en lo que respecta á la fecha en que debe terminar el enrolamiento, y la cual queda fijada para el 1.º de diciembre del corriente año.

Art. 2.º Comuníquese al Poder ejecutivo.

G. VÉLEZ.

**Sr. Olmedo**—Hago indicación para que se trate inmediatamente este asunto.

—Murmullos en las bancas.

**Sr. Olmedo**—Desde el ministerio de obras públicas se puede hacer mociones para propender al mejoramiento de las leyes políticas del país. El ministerio de obras públicas no está reñido con la política. (Risas.)

**Sr. Meyer Pellegrini**—Pero no está vacante. (Risas.)

**Sr. Presidente**—Se va á votar la moción de que se trate sobre tablas.

—Se vota, y resulta afirmativa.

**Sr. Presidente**—Está en discusión en general el proyecto.

**Sr. Olmedo**—¿No le parece al señor ministro que tal vez es estrecho el plazo fijado?

**Sr. Ministro del interior**—Para realizar totalmente el enrolamiento resulta estrecho, pero no se puede ir más lejos, si esta prórroga ha de surtir efectos electorales, porque la depuración del enrolamiento para formar el padrón tiene que empezar necesariamente el 1.º de diciembre. Si se empezara después no habría tiempo para hacer esa depuración. Es ésta la razón por qué he dejado esta primera prórroga hasta el 1.º de diciembre.

**Sr. Varela**—El Poder ejecutivo la ampliará después.

**Sr. Ministro del interior**—Para los fines militares se ampliará después, hasta que quede inscripto el último ciudadano.

**Sr. Olmedo**—Muy bien.

—Se vota en general el proyecto, y resulta afirmativa.

—Es aprobado el artículo 1.º

**Sr. Fonrouge**—Pido la palabra.

Desearía proponer la agregación de un segundo artículo referente á la prórroga, á los efectos militares. Porque la ley establece penalidades para los ciudadanos que dentro del término establecido no se hayan enrolado, y el Poder ejecutivo carecería de facultad, sin una disposición expresa, para prorrogar el plazo á esos efectos.

Propongo, entonces, un artículo 2.º que diga: «Queda autorizado el Poder ejecutivo para prorrogar el término, á los efectos militares.»

**Sr. Secretario Supeña**—Quedaría en esta forma, señor diputado: «Autorízase al Poder ejecutivo para prorrogar por treinta días más, á los efectos militares, el término para el enrolamiento.»

**Sr. Presidente**—Se va á votar este artículo.

—Se vota, y resulta afirmativa.

—El artículo 3.º es de forma.

5

## LEY ELECTORAL

**Sr. Presidente**—Después de este intermezzo, puede continuar con la palabra el señor diputado.

**Sr. López Mañán**—Decía, señor presidente, que la lista completa está á prueba, porque la lista completa resulta estrecha ya para la clase dirigente argentina, que se ha ensanchado, que se ha dilatado considerablemente, y que hoy armada, cuando menos, con el arma vigorosa de su poderío económico, exige una mayor elasticidad del instrumento para estar mejor representada.

Entonces, pues, la lista incompleta, señalando un primer paso para salir de la lista completa, está dentro del orden natural, ya que esa es la forma como todos los procesos evolutivos se producen; y yo creo que los mismos que combaten la lista incompleta han de querer concederme el derecho de volver su imperfección como argumento de defensa, ya que el Poder legislativo, la acción de la cámara, es acción creadora, en cuanto cabe en el poder de los hombres, y haciendo esta reforma con un paso tan mesurado, lo abona con las

reglas de la naturaleza, que así procede. Al crear, hay que imitarla para tener su ayuda, pues según la frase de Bacon, *non imperatur natura nisi parendo*.

Pero, señor presidente, se ha argüido también en contra de la lista incompleta—y quiero detenerme rápidamente sobre esta objeción, hecha á nombre de un sentimiento que yo respeto, porque es muy humano y porque es respetable también—por los que creen, sienten y á quienes les parece que este sistema viene á herir situaciones establecidas, una clase ó manera de derechos adquiridos. Me refiero á las situaciones de provincia, en que se hallan hombres distinguidos, formando los partidos ó grupos de opinión que apoyan los gobiernos.

Creo que proceden erróneamente, porque el sistema de lista incompleta es para los hombres de mérito, para los hombres de acción, para los hombres de prestigio, la mejor caución que pueden tener de que, dentro de su colectividad, se les haga justicia; porque, cuando frente á una situación gubernista aparezca—aunque sea provocada artificialmente—una agrupación opositora dispuesta á disputarle la parte incompleta ó la parte ancha de la lista, se producirá dentro de esos oficialismos, que están en una quietud malsana, un movimiento vivo, intenso, orgánico, y que, por vía de comparación, yo diría que hará el oficio de la fuerza centrífuga en las desnatadoras que se usan en el litoral ó en las turbinas de los ingenios de mi provincia, separando la crema ó los cristales de azúcar y destinándolos al sitio que les indica su calidad superior.—y que, si no tuviera la suficiente energía para producir tan completa selección, tendrá, por lo menos, la bastante para romper la quietud que hoy permite que floten los elementos más livianos.

Y para las oposiciones, señor presidente!—y declaro aquí que hablo libre de todo sentimiento que no sea de la más pura inspiración: lo saben los colegas que me han hecho alguna vez el honor de escucharme en asuntos personales—para las oposiciones esto es un rayo de luz al que abre paso una racha sana y vigorizante, rompiendo el cielo creapotado y obscuro en que se deba-

ten! A propósito de ellas, yo no voy á referir la anécdota del gobernador de mi provincia á que aludió mi colega el señor diputado Avellaneda; me basta recordar que su situación es la que ha reconocido implícitamente el señor ministro del interior, al decirnos que era necesario dar á la máquina la parte más grande, si se quiere, de la lista, con tal que deje al pueblo aunque sea el margen más estrecho.

Esta ley hace que las oposiciones jueguen su rol histórico, el rol natural, el rol biológico que les sienta tan bien á ellas como á los oficialismos, porque si bajo el nombre de oposición se han disimulado, muchas veces indigencias políticas, hay oposiciones que expresan una necesidad, que expresan una unidad de convicciones, una comunidad de sentimientos, aunque más no sea que las aspiraciones científicas de los hombres nuevos, que luchan por abrirse paso á través de las resistencias que oponen los inveterados en la inercia ó en el juego sensual de las posiciones.

Y á esas oposiciones, este sistema de la lista incompleta viene á abrirlas la puerta que demandan imperiosamente, ya que se les ha cerrado completamente, por exigencias nacionales impostergables, las puertas de la revolución.

Pero, señor presidente, para no seguir sobre este aspecto de la lista incompleta quiero recalcar aquí, porque es una de las aspiraciones de mi espíritu, que asegura la estabilidad de los partidos, hace posible que los hombres que reciben una clasificación no estén cada dos ó tres años, cada cuatro ó cinco, cambiando de nombre ó de apodo político; que los hombres jóvenes puedan tener alguna vez en el país comités donde enrolarse, donde enrolar sus nombres, seguros de que se embarcan en una tarea más larga acaso que la vida de un hombre, sin la desconfianza de verse comprometidos en enreujadas electorales, indignas de la pureza de sus ideales.

Y de este punto de vista, es evidente que es el único sistema que permite á los partidos poner una especie de señuelo, que conserve la continuidad de su acción, dentro de las legislaturas ó dentro de las municipalidades, porque el buen ejemplo cunde; que hace que las oposiciones no experimenten esa solución de continuidad, que va de la elección ac-

tual á la próxima, que acaba con ellos fatalmente; y que les permite que perseveren en la brega de sus aspiraciones, en la seguridad de que, por chicas que nazcan, se han de desarrollar después, como todos los seres en la naturaleza.

Señor presidente: mi colega el señor diputado Agote me decía privadamente que yo me había olvidado de la faz constitucional del asunto.

Francamente, no he abrigado nunca ni tengo la ambición ó la falsa creencia de que sea capaz de abordar ninguna cuestión, ni la más modesta, en el dominio de nuestra ciencia constitucional.

**Sr. Agote**—No, señor diputado.

**Sr. López Mañán**—Me gusta, sin embargo, de vez en cuando, pensar sobre temas de esta naturaleza, hacer un trabajo reflexivo, propio; y, á propósito de la lista incompleta, á la que se le han cargado tantos argumentos contrarios, y que, francamente, yo esperaba que fuera más protegida en este flanco, yo he buscado una justificación constitucional, fuera de las muy fundadas que ha presentado el señor ministro del interior y creo haberla encontrado desarrollando, haciendo la ampliación de una idea que el señor ministro insinuó. La traigo porque también es eficaz para ocuparme del sistema de la circunscripción.

La objeción fundamental, radical, que se ha hecho al sistema de la lista incompleta es ésta: la Constitución da al ciudadano argentino, en cada elección, un número de votos que no hay el derecho de limitar, de disminuir. Esto es de la esencia de nuestro mecanismo constitucional, se dice, y una ley, que en una elección de nueve diputados da sólo seis votos al elector, ataca la Constitución.

Yo me he preocupado de buscar dónde está expresado este derecho de elector á un determinado número de votos, y no lo he hallado en ninguna parte. He encontrado, por el contrario, que el número de votos de que cada elector puede disponer, depende de una condición externa al elector mismo, del lugar en que se halle en el momento de la elección. De tal manera que si tuviera á un lado un habitante de Jujuy y á otro uno de Buenos Aires, y les dijera: usted tiene quince votos y usted tiene dos, ¿de dónde sacan este derecho? Uno me dirá que porque vive en la provincia de

Buenos Aires y el otro que porque vive en la de Jujuy. Pero no faltará algún argentino, tan argentino como yo, que á la pregunta de: ¿cuántos votos tiene? conteste: ninguno, porque vivo en los territorios nacionales.

¿Es cierto que el Congreso no tiene en su mano el medio de modificar estas circunstancias que condicionan el número de votos de que el elector puede disponer? El Congreso tiene la facultad de dividir las provincias, y con ello sus electores sufrirían inmediatamente una disminución del número de sus votos; el Congreso tiene la facultad de refundirlas, de aumentarlas, de erigir en provincias los territorios nacionales, haciendo nacer lo que hoy no existe para el argentino que los habita; y tiene el medio de impedir—confesémoslo que, indebidamente, como hoy lo está haciendo—que se levante el censo de la población. Y el censo ha quitado votos á los santiagueños para dárnoslos á nosotros, y es obra del Congreso que lo autoriza y luego lo sanciona por ley.

Luego, el número de votos no es un atributo del ciudadano, inherente á su persona: está condicionado. Y aquí los partidarios de la circunscripción son nuestros asociados, porque ellos usan de la misma herramienta: de la ley. Dividen el territorio de las provincias para dejar un solo voto á cada ciudadano, con la diferencia de que los partidarios de la circunscripción van derechamente contra una enunciación constitucional, que dice que las provincias son distritos de un solo Estado. La Constitución se ha detenido ahí; no ha querido dividir más adentro. Es la ley la que ahonda la división y fragmenta el territorio de cada provincia, con el objeto de dar un voto á cada ciudadano y para que tengan representación las minorías, según lo confiesan los partidarios de la circunscripción.

Pero ya he dicho que esa representación de las minorías es la que la Constitución no quiere: es la de las industrias, los saladeros, los grandes propietarios A ó B, porque la Constitución quiere que sólo los ciudadanos, la población, estén representados, y sólo á título de tales.

Y entonces encuentro que, tomando ejemplo de los partidarios de la circunscripción, nosotros podemos adoptar el

mismo recurso, la ley; conseguir un objeto análogo, la representación de las minorías, y decir: el ciudadano no tiene más limitado el voto por el territorio, como se ha hecho en la circunscripción, porque las opiniones no se dividen geográficamente, sino, que lo tiene limitado hasta una cantidad determinada sobre todo el territorio de su distrito constitucional. ¿En qué terreno?—El terreno de la reglamentación: que es facultad expedita é incontrovertible del Congreso. Y esta es la razón constitucional que tengo para votar por el sistema de lista incompleta.

**Sr. Agote**—¿Y la pluralidad?

**Sr. Presidente**—Esto quedará para el señor diputado Peña. (Risas.)

**Sr. López Mañán**—Para concluir, pidiendo disculpa á la cámara por haber molestado su atención tanto tiempo, creo, señor presidente,—y he reservado este argumento para el último,—que entre todos los sistemas que estamos discutiendo, el de la lista incompleta contiene un gran remedio, que para mí—lo declaro con toda franqueza—es el más simpático de todos.

Es una verdad, señor, que las fuerzas políticas, económicas, sociales que estamos tratando de llamar á la acción, no están repartidas con equilibrio y armonía en el país; es verdad que en la hora actual sentimos el roce, á veces fuerte, de los intereses que se acomodan, á veces sacrificando á los más débiles. Si partidos políticos llegan á venir al escenario de la República con ideales generalizados, no se ve que puedan ser otros que aquellos que, como una especie de herederos remotos y ya profundamente diferenciados de los antiguos partidos argentinos, enarbolan la bandera,—como se ve en la mayor parte de los países,—de la lucha, del antagonismo, de las provincias con la metrópoli ó de la metrópoli con las provincias; posición de intereses utilísima, porque pondera y abriga lo que crea. Puede venir, y aquí, en el país, coinciden geográficamente y se corroboran con aquellos, la oposición de los intereses industriales y comerciales con los agrícolas. Puede surgir la voz de las regiones agrícolas del país contra la otra voz de los intereses comerciales: de las regiones mediterráneas, frente á las ciudades litorales, en que se asienta el comercio.

Y entonces, señor presidente, si se miran estas cosas para adelante, con un poco de preocupación patriótica, es evidente que el desequilibrio puede producirse en forma alarmante, porque ya la Naturaleza nos ha hecho geográficamente desequilibrados y nuestra política económica no ha hecho sino acentuar, imprudentemente, ese desequilibrio. Y me digo: la lista incompleta, arbitraria en cuanto da á unos un tercio y á otros dos tercios de la representación, puede servir de contrapeso, de moderador del desequilibrio. Porque la mayoría del litoral y la metrópoli será la minoría del interior y las provincias,—y, á su vez, la minoría del litoral, podrá sumar sus ele-

mentos á las mayorías del interior, y entonces pasarán las leyes de censo y podrán proponerse tantos problemas que hoy están en retardo.

No tengo más que decir. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos en las bancas y en las galerías. El señor ministro del interior y varios señores diputados felicitan al orador.*)

**Sr. Peña**—Pido la palabra.

**Sr. Presidente**—Para la sesión próxima, señor diputado.

Invito á la cámara á pasar á cuarto intermedio.

—Así se hace, siendo las 7 y 10 p. m.